

DE LA PALEOANTROPOLOGÍA A LA PSICOLOGÍA DE LOS GUARANÍES EN LA OBRA DE MOISÉS BERTONI

FROM PALEOANTHROPOLOGY TO THE PSYCHOLOGY OF THE
GUARANIES IN THE WORKS OF MOSES BERTONI

José E. García

Universidad Católica, Asunción, Paraguay

Correspondencia: joseemiliogarcia@hotmail.com

Recibido: 13-09-2015

Aceptado: 04-05-2016

Resumen

Santiago Moisés Bertoni fue un naturalista suizo que emigró al Paraguay en los comienzos del siglo XX, desarrollando una extensa obra en las ciencias naturales, la investigación de la flora y la fauna y en los estudios y explotación de la yerba mate (*Ilex paraguariensis*). Dentro de esta variedad temática, su trabajo también contempló una vertiente muy importante relacionada con la investigación antropológica de los habitantes autóctonos del país, de manera particular los pueblos guaraníes. Estos trabajos absorbieron los esfuerzos intelectuales de Bertoni en la última etapa de su vida como científico. En tal sentido, pudo avanzar un conjunto de hipótesis y teorías referidas a los orígenes, evolución, diferenciación física y desarrollo cultural que conciernen a este grupo étnico. Uno de sus pilares es el estudio paleoantropológico de las peculiaridades raciales de los guaraníes, sus características biotípicas y relaciones con los demás pobladores autóctonos de las Américas. Sin embargo, no puede desconocerse que muchas de las ideas originales de Bertoni fueron criticadas por académicos de épocas posteriores. Pero una comprensión adecuada de estos conceptos resulta fundamental para entender la moral, la religión y la psicología de los indígenas guaraníes, tal como las concibió ese autor. El principal objetivo de este artículo es analizar las teorías de Bertoni en el contexto histórico en que emergieron, comparándolas con otras concepciones semejantes de la misma época cuando resulte apropiado, y valorando su relevancia para una comprensión adecuada de los puntos de vista sobre la psicología de los guaraníes. El estudio es de corte documental y se basa fundamentalmente en la consideración de las fuentes científicas publicadas, así como de la correspondencia disponible de Bertoni. El énfasis básico reposa en las ideas antropológicas y paleoantropológicas, como los cimientos principales para su psicología

de los indígenas. Se concluye que las ideas de Bertoni, pese a ciertos aspectos ideológicos muy acusados, estuvieron ajustadas a las influencias intelectuales predominantes en su tiempo. En el campo psicológico, continúan siendo el único estudio organizado de los guaraníes, su cultura y comportamiento.

Palabras clave: Moisés Bertoni, Historia de la Psicología, Psicología en Paraguay, Psicología Cultural, Paleoantropología, Guaraníes.

Abstract

Santiago Moses Bertoni was a Swiss naturalist who traveled to Paraguay in the early 20th century, and developed an extensive work in the natural sciences, research of flora and fauna and also studies and exploitation of the yerba mate (*Ilex paraguariensis*). Within this thematic variety, his work also included a very important aspect related to the anthropological research of the indigenous inhabitants of the country, in particular the Guaraní peoples. These works absorbed the intellectual efforts of Bertoni in the last stage of his life as a scientist. In this regard, he advanced a set of hypotheses and theories concerning the origins, evolution, physical differentiation and cultural development of this ethnic group. One of its pillars is the paleoanthropological study of the racial peculiarities, their biotypical characteristics and relations with the other native inhabitants of the Americas. However, we can't ignore that many of Bertoni's original ideas were criticized by later scholars. But a proper comprehension of these concepts is essential in the understanding of the morals, religion, and psychology of the Guaraní natives, such as the author conceived them. The main target of this article is to discuss Bertoni's theories in the historical context in which it emerged, by comparing them with other similar conceptions of the same time when appropriate and assessing its relevance to a proper understanding of the points of view about the psychology of the Guaraní peoples. The study is a documentary one and primarily based on published scientific sources, as well as Bertoni's available correspondence. The basic emphasis is both anthropological and paleoanthropological, as the main foundation for the psychology of natives. It's concluded that the ideas of Bertoni, despite some highly charged ideological aspects, were adjusted to the prevailing intellectual influences in his time. In the psychological field, they remain the only organized study of the Guaraní peoples, their culture and behavior.

Key words: Moses Bertoni, History of Psychology, Psychology in Paraguay, Cultural Psychology, Paleoanthropology, Guaraní peoples.

Contexto general de las ideas

La paulatina división y especialización que caracteriza a la ciencia moderna y su fragmentación en entidades diferentes y circunscriptas a problemas cada vez más específicos, dificulta reconocer las verdaderas y profundas conexiones que existen entre ellas. No obstante, las relaciones entre muchos de estos campos son más estrechas y cercanas de lo que a simple vista parece. Este es el caso, por ejemplo, de la psicología y la antropología. En relación a esta última, es posible reconocer varias sub-disciplinas distintas, con objetos de estudio y en ocasiones metodologías diferenciadas. Al mismo tiempo, cada una se halla representada por orientaciones teóricas disímiles y con frecuencia antagónicas. El cuadro descriptivo podría extenderse en muchas direcciones, desde una antropología filosófica concebida como el estudio de las condiciones inherentes a la existencia y los problemas que enfrentan las personas en su conducta cotidiana (Rescher, 1990) hasta la antropología cultural, que analiza los patrones del comportamiento, el pensamiento y las emociones humanas partiendo del supuesto que somos criaturas productoras y a la vez reproductoras de cultura y entendiendo que la sociedad comparte y transmite ideas, valores, emociones y percepciones que determinan la estructura intelectual de los individuos (Haviland, Prins, McBride & Walrath, 2014). Además existen otros campos con énfasis particulares como la antropología forense (Adams, 2007) y la antropología social (Rapport & Overing, 2000). Como ejemplo de las redundancias a que conducen las clasificaciones es bueno observar que esta última, a menudo encasillada como una categoría diferente no es, en esencia, algo aparte a la antropología cultural. La diferenciación en dos ramas separadas depende solo de su vinculación a tradiciones científicas divergentes tal como existen en diferentes países o ambientes académicos (Barnard, 2011).

Se llega así hasta lo que es una antropología física, cuyo propósito es el estudio científico de las características biológicas y comportamentales de los seres humanos, así como de nuestros parientes más cercanos, los primates, y los ancestros de estos. Esta es una clase de investigación que se empeña por esclarecer qué verdaderamente significa ser humanos, y cómo hemos llegado a constituirnos en tales (Jurmain, Kilgore & Trevathan, 2013). La antropología física guarda relaciones muy próximas con la paleoantropología, que igualmente se entiende como el estudio de la evolución humana y de los primates. La paleoantropología reconoce la importancia de la filogenia de los simios como una condición necesaria para la comprensión cabal del proceso evolutivo humano. En este sentido mantiene vínculos estrechos con otras disciplinas como la biología primatológica, la sistemática, la ecología, la genética y la geología (Begun, 2013). No es necesario argumentar persuasivamente para reconocer que la proximidad de la paleoantropología con la antropología física es en verdad muy grande y hasta podría cuestionarse con razonable sustento si es enteramente conveniente separarlas en dos entidades distintas. Si bien parece que establecer las conexiones entre antropología y psicología podrían no ser algo excesivamente difícil, el argüir por las cercanías conceptuales de la paleoantropología con las ciencias del comportamiento tal como las concebimos de ordinario parece algo más trabajoso de lograr. Esto puede explicarse por razones culturales o de usos académicos, educativos o científicos. Pero hay buenos motivos por los que esto no precisa ser así en absoluto.

Un problema central es de qué manera concebimos a la psicología misma. En efecto, hasta que hizo su aparición la *psicología evolucionista* en la segunda mitad de la década de 1980, no era común que los psicólogos investigaran o teorizaran en términos de filogenia comportamental, es decir, los

cambios que acontecen en la conducta, los hábitos típicos de la especie y los procesos cognitivos en los largos períodos temporales que cubre la evolución del *phylum homo*. Como la psicología evolucionista se halla cimentada en el supuesto que la arquitectura heredada en la conducta humana es producto directo del proceso filogenético, se asume que sus postulados deberían encontrarse en armonía con la biología evolucionista tanto como con la paleoantropología (Cosmides, Tooby & Barkow, 1992). De hecho, una presentación del proceso y los principales descubrimientos en la filogenia, así como una descripción de las principales características físicas y morfológicas de cada especie de homínido, es parte integrante de muchos libros de psicología evolucionista (Bradshaw, 1997). Sin embargo, en los años ochenta el escenario académico se hallaba todavía dominado por la psicología cognitiva y el ambientalismo que caracteriza al conductismo, dos orientaciones teóricas en cuyos análisis no destaca una racionalidad fundamentada en consideraciones evolutivas. Para autores como Workman & Reader (2014) esta tendencia dentro de la psicología tuvo su origen en 1992 con la puesta en circulación del libro *The adapted mind. Psychology and the generation of culture*, editado por Jerome H. Barkow, Leda Cosmides y John Tooby (Barkow, Cosmides & Tooby, 1992), aunque para ser exactos, el último de los nombrados ya había dado a conocer un capítulo sobre este mismo tema en una publicación que data de 1985 y en el que anunciaba la llegada de la psicología evolucionista como una disciplina autónoma (Tooby, 1985). Un poco antes, a mediados de la década de 1970, la *sociobiología* diseñada por el entomólogo de Harvard, Edward Osborne Wilson (1929-), había hecho una utilización extensiva de los preceptos de la selección natural en el esfuerzo por establecer los fundamentos genéticos del comportamiento social. Aunque muy discutida y hasta resistida en su momento, sobre todo por su pretensión de *fagocitar* a la psicología comparada (Tobach, 1995), esta disciplina dejó huellas profundas (Alcock, 2001). Pero dejando aparte estos detalles cronológicos, y aunque la *psicología evolucionista* es uno de los enfoques que se consideran emergentes en las ciencias del comportamiento de nuestros días, difícilmente pueda afirmarse que una aproximación darwiniana a la evolución de la mente y el comportamiento sea en realidad muy novedosa (Hampton, 2010), Los precursores, en efecto, son muchos y variados.

La mirada puede llevarse más atrás inclusive. En los comienzos del siglo XX, ya sea a causa de su propia influencia o por las vinculaciones que estableció con la filosofía positivista, especialmente en la vertiente que constituyó el trabajo de Herbert Spencer (1820-1903) (Hassard, 1993), la perspectiva evolucionista era frecuentemente asimilada en las teorías de antropólogos, sociólogos y psicólogos. Hay que recordar que para este autor, la sociología era el estudio de la evolución social en su forma más compleja, mientras que el cambio social era un proceso súper-orgánico y análogo a los cambios biológicos de la evolución (Mitchell, 2009). En el campo de la antropología, la obra de varios investigadores distinguidos como el británico Edward Burnett Tylor (1832-1917) o el estadounidense Lewis Henry Morgan (1818-1881), aunque con diferentes énfasis y matices, constituyen buenos ejemplos de los tonos que marcó esta influencia (Marzal, 1996, Valdés, 1998). Empero, los primeros pensamientos *transformistas* –si bien quizás no *evolucionistas* en el estricto sentido del concepto o en su connotación actual– no comenzaron con Charles Darwin (1809-1882) o Spencer sino que tuvieron sus antecedentes lejanos algunos siglos antes, incluso en la época de los griegos. Entre estos, Tales (625-547 a.C.) y Anaximandro (610-546 a.C.), ambos de Mileto, hablaron sobre el origen de la vida en las aguas del mar, Jenófanes de Colofón (580/570-475/466 a.C.) discutió sobre la significación de los restos fósiles hallados en las rocas y admitió que el

cambio geológico existió y Empédocles de Agrigento (495/490-435/430 a.C.) sostuvo que hubo una serie sucesiva de creaciones. Pero en especial hay que destacar a Aristóteles (384-322 a.C.), cuya *scala naturae* situó a los humanos en la cúspide de una escala de complejidad descendiente en forma y fisiología (Reid, 1994). Pero las ideas de Darwin, principal artífice para la formación de este enfoque en sentido moderno, conmovieron profundamente a la ciencia y a la sociedad, dejando muy poco sin cambiar en el mundo de las ideas (Larson, 2004).

La teoría de la evolución tuvo un profundo impacto en el pensamiento y la investigación científica de los finales del siglo XIX y comienzos del XX en América Latina y no sólo en su acepción darwiniana original, sino también por el amplio predicamento que ganaron los conceptos de Spencer, el naturalista francés Jean Baptiste Lamarck (1744-1829) y el evolucionista alemán Ernst Haeckel (1834-1919). En este continente el positivismo no tuvo sus orígenes en la ciencia sino más bien en la filosofía política y en los programas educacionales que buscaban mejorar la sociedad a través de la enseñanza (Glick, 1996). Los grupos dirigentes aspiraban a civilizar sus respectivas sociedades, aunque esto, en muchos casos, significaba imitar a las sociedades europeas en casi todos los aspectos, incluso algunos muy triviales, dejando de lado sus culturas originales como ejemplos de atraso o desnaturalizándolas en múltiples aspectos. Dentro de este amplio proceso se invocaban a la ciencia, la medicina y la teoría evolucionista como las claves fundamentales para la comprensión de los procesos sociales (Clark, 2005). El positivismo afloró en muchos países de América Latina, aunque en algunos de ellos como Argentina (Biagini, 1985, Soler, 1968), Brasil, Chile y México, su influencia se extendió y abarcó ampliamente los sistemas educativos en sus concepciones sobre la enseñanza. Además impulsó la investigación científica y el desarrollo de los ideales sociales. El positivismo también impactó de manera muy decisiva a la configuración inicial de la psicología, produciendo numerosos resultados concretos en los países del Cono Sur del continente, en especial el establecimiento de los primeros laboratorios psicológicos, que estuvieron estrechamente aliados con el ansiado perfeccionamiento de los sistemas educacionales (García, 2014a). En países como Argentina, la doctrina evolucionista actuó como telón de fondo y constituyó uno de los signos distintivos más reconocibles en las investigaciones psicológicas de finales del siglo XIX y comienzos del XX (Papini, 1987, 1988). En términos generales, Paraguay no estuvo ajeno a la influencia de este movimiento y tuvo claros representantes intelectuales al menos desde 1897 (Benítez, 1983), aunque ciertamente permaneció más en el campo del análisis teórico, las discusiones educacionales y la filosofía. En este último campo tuvo importantes exponentes como Cecilio Báez (1862-1941) e Ignacio A. Pane (1881-1920), quienes a sus numerosos créditos como intelectuales y escritores sumaron también el de iniciadores en la discusión de los conceptos propios de la sociología y la psicología social en el país (García, 2003).

Las ideas que nos proponemos analizar en este artículo surgen en el particular entramado de ideas con raigambre iluminista que cobraron fuerza en el Paraguay de comienzos del siglo XX y a cuyos exponentes se ha denominado *la generación del 1900* (Amaral, 2010). Dentro de este amplio conglomerado intelectual, sin embargo, son los preceptos basados en el evolucionismo los que más nos interesan en este momento y, en una proporción menor, la orientación positiva en cuanto tal, al menos en su connotación de fuerza ideológica que promueve la renovación, revolución y cambio de las estructuras colectivas. Además, cuando se habla de evolucionismo hay que ser muy precisos en cuanto a los exponentes. En Paraguay Darwin apenas fue mencionado,

son Haeckel y Spencer los teóricos de referencia. Por otra parte, el autor por nosotros analizado no se formó intelectualmente en este marco de ideas ni en este país en particular. Es un emigrado, un visionario que puso su norte hacia latitudes americanas buscando lograr en este nuevo continente algunas quimeras e ideales que había forjado desde los días ardorosos de la juventud. Este hombre es Moisés Santiago Bertoni (1857-1929). Sobre algunos aspectos de su trayectoria es conveniente ser cautos y precisos. Por ejemplo, el que nuestro personaje viviera y trabajara en un tiempo donde las concepciones positivas eran uno de los principales referentes intelectuales para las élites educadas no significa que él compartiera de manera congruente y menos aún dogmática todos los postulados que la definieron. En muchos casos, inclusive, es posible percibir una clara divergencia. Tampoco hay porqué pensar que el pensamiento de Bertoni hubiese de tener una dirección simple y unilineal. En este sentido tienen razón Baratti y Candolfi (1999) cuando apuntan que las afiliaciones intelectuales de Bertoni son difíciles de precisar. No es un autor que se deje clasificar fácilmente. Un punto, sin embargo, es claro e incuestionable: su adhesión a los principios evolucionistas. Esta vinculación conceptual es particularmente importante para el problema que analizamos en este trabajo.

Sin embargo, para entender bien a Bertoni hay que considerar sus inclinaciones anarquistas de juventud, que se tradujeron en algunos ideales de vida, sumadas a un acercamiento hacia los principios cristianos durante la edad madura. Sin embargo no demostró, como hubiera sido de esperar en un positivista típico, algún claro apego hacia la psicología experimental que se practicaba en los comienzos del siglo XX. Al contrario, la criticó con cierta severidad cuando le cupo la oportunidad en uno de sus principales libros (Bertoni, 1956), el mismo donde dejaba entrever la misma escasa simpatía hacia el espíritu del psicoanálisis freudiano. El trabajo de Bertoni en las ciencias naturales, especialmente en el campo agrícola, ha sido objeto de encomio y aplauso tanto en sus días como en los actuales. Con su obra antropológica, sin embargo, no sucedió lo mismo. Cuando las publicó en las primeras décadas del siglo XX recibió indudables simpatías por parte de quienes encontraron en sus audaces conclusiones no solo una necesitada reivindicación para los pueblos guaraníes como seres humanos con dignidad propia, tras décadas enteras de marginación (Benítez, 1967), sino además un efectivo apoyo para ideologías de corte nacionalista que afloraban en la época (Baratti, 2002-2003), a pocos años de concluida la Triple Alianza, entre 1865 y 1870. Resulta penoso admitir que hoy no quedan rastros de Bertoni en la antropología nacional, excepto críticas inclementes.

En el Paraguay no ha sido común que los psicólogos discutan o se interesen en los diversos aspectos que atañen a la mente de los guaraníes. Sobre ellos versó el trabajo de nuestro autor y no es sino hasta hace pocos años que sus búsquedas comenzaron a mencionarse en la literatura especializada (García, 2003, 2004, 2005, 2009, 2013). Un artículo de fecha reciente (García, 2014b) analizó de forma específica el pensamiento de Bertoni en relación a la psicología de los guaraníes. El trabajo que aquí se ofrece busca centrar como problema historiográfico fundamental el establecimiento del lugar que corresponde a las nociones de Bertoni en función a la evolución del hombre americano y su relación, por una parte, con la antropología vigente en su tiempo, y por la otra, con las ideas que sustentó su autor con respecto a la psicología y la moral de los guaraníes. Habiendo dos artículos (García, 2014b, 2016b) y un capítulo (García, 2016a) que discuten estas dos últimas dimensiones con cierto detenimiento, las mismas no serán presentadas en detalle. Los objetivos

de la investigación, por consiguiente, serán los siguientes: a) Estudiar el marco intelectual específico en que surgen los constructos científicos de Bertoni respecto a la evolución del hombre en el continente americano, b) Analizar los tipos humanos y las categorías de clasificación que utilizó para exponer los cambios en la estructura y la morfología de los habitantes primigenios de América y c) Explorar el uso de estos conceptos evolutivos en la explicación de las características mentales y comportamentales de los guaraníes. Indudablemente el tema es amplio, denso y complejo e involucra numerosos aspectos y variables. Para evaluar en mejor manera el contexto en que afloraron las teorías que comentaremos será útil revisar, en primer lugar, las circunstancias específicas en que ellas fueron expuestas a un público integrado por jóvenes estudiantes secundarios de la época.

Tres conferencias en el año 1913

Aunque su prestigio e influencia intelectual fueron decreciendo en forma ostensible con el paso de los años, el Colegio Nacional de la Asunción o Colegio Nacional de la Capital como se lo denomina actualmente, fue una de las instituciones educativas que mayor orgullo despertaba entre los hijos de la ciudad a comienzos del siglo XX (Viola, 1977). El colegio hundía sus antecedentes en un establecimiento de similares características habilitado en 1878 para proveer educación a los jóvenes que habían completado los años que corresponden a la instrucción primaria (Benítez, 1981). Es así como este primer Colegio Nacional de Asunción inició sus labores pedagógicas, en medio de enormes desafíos pero rodeado de todas las limitaciones y escasez de recursos que eran comunes en el país de la posguerra, a menos de diez años de liquidado el conflicto. Aun así, aquél centro educativo que dependía originalmente de la comuna de Asunción no pudo sobreponerse a sus grandes problemas financieros y acabó cerrando sus puertas a mediados del decenio siguiente a su fundación. Resurgió a comienzos de la década de 1890, al llevarse a cabo la habilitación de los colegios nacionales en la capital y otras ciudades, acontecimiento que se daba de manera conjunta con la fundación de la Universidad Nacional de Asunción en 1889, la primera en el país y de la que estos colegios dependieron orgánicamente en sus comienzos (Velilla Laconich, 1990). Desde su apertura y durante las primeras décadas del siglo XX, el Colegio Nacional mereció un alto prestigio intelectual, con elevada consideración social por la probada solvencia de sus profesores y su estricta disciplina interna, además del rigor en la enseñanza que impactaban muy favorablemente sobre el perfil destacado de su alumnado.

En 1913 era director del Colegio Nacional el escritor Juan E. O'Leary (1879-1969), a quien puede considerarse uno de los intelectuales que mayor influencia ejerció de todos los que aportaron ideas sobre la historia y el desarrollo de la nación paraguaya en los comienzos del siglo XX. En el Colegio Nacional venía ejerciendo aquélla función regente desde marzo de 1911 (Brezza, 2011). La personalidad de O'Leary es compleja y rica en matices, por lo que su valoración no es algo que pueda pretenderse en unas escasas líneas. Sólo habremos de mencionar que destacó en la investigación histórica, principalmente de los infortunios que marcaron a la Guerra Grande, el gran conflicto bélico que el Paraguay debió librar contra Brasil, Argentina y Uruguay por cinco largos años. O'Leary tomó partido muy directamente en la reconstrucción histórica e ideológica de la contienda, pues fue el principal reivindicador del Mariscal Francisco Solano López (1827-1870) en tiempos que éste se encontraba muy devaluado ante la opinión pública paraguaya. Igualmente sobresalió en la práctica del periodismo donde dejó artículos escritos con sobrio estilo y también

buenas muestras de su talento poético. A invitación de O'Leary, los días 26 de junio, 8 y 21 de agosto de 1913 tuvieron al Colegio Nacional como escenario para una serie de conferencias cuya temática principal era la prehistoria y protohistoria del Paraguay. Al año siguiente, el establecimiento gráfico M. Brossala de Asunción publicó un libro que reunía los textos completos de las tres alocuciones, basados en la transcripción taquigráfica que de ellas se había realizado en la ocasión y acompañando la edición de varias anotaciones y aclaraciones posteriores del disertante, que contribuyeron como ampliaciones pertinentes para muchos puntos críticos. El autor de aquéllas conferencias y del libro subsecuente era Moisés Santiago Bertoni. Del análisis detenido de su correspondencia puede colegirse que los vínculos de Bertoni y O'Leary no acabaron en la edición del libro. Es más, entre ambos hombres habría de establecerse una relación de amistad que perduró durante muchos años. Por ejemplo, en fecha tan posterior a las conferencias como el 19 y el 28 de febrero de 1924, Bertoni aún dirigía largas y detalladas cartas a O'Leary, intermediadas de las cortesías habituales que señala el respeto mutuo, para informarle de sus progresos en la investigación antropológica de los guaraníes (Baratti & Candolfi, 1994).

Una breve descripción biográfica contribuirá a situar mejor al personaje en sus debidas coordenadas históricas. Mosè Giacomo Bertoni, cuyo nombre castellanizado y por el que resulta conocido en Paraguay es Moisés Santiago Bertoni, nació en la pequeña villa campestre de Lottigna, perteneciente al cantón suizo de Ticino, el 15 de junio de 1857. Su padre era abogado y su madre, maestra y partera. La profesión del primero lo indujo a seguir la carrera de Derecho en 1875, pero en 1878 abandonó aquél proyecto para dedicarse de lleno al estudio de las ciencias naturales, por las que desde pequeño mostró una fascinación singular. En un periodo que otros niños disfrutaban con sus juegos infantiles Moisés había ya producido sus primeras exploraciones científicas. Durante toda la vida esta será su verdadera pasión. Contrajo nupcias muy joven, en 1876, cuando sólo contaba con diecinueve años. Produjo varias publicaciones y proyectos a edad temprana. En esta etapa destaca la fundación de un observatorio meteorológico en Lottigna, que en 1877 pudo obtener algunos subsidios del gobierno suizo para su funcionamiento. La evolución ideológica corrió a la par que las búsquedas científicas. Es así como a partir de 1880 comenzaron a fortalecerse los principios anarquistas del joven Moisés y en este tiempo acusó la influencia del príncipe Piotr Kropotkin (1842-1921), que por aquél tiempo se hallaba exiliado en Suiza. El anarquismo profesado por Bertoni, no obstante, parecía consistir más bien de premisas vagas y genéricas (Baratti & Candolfi, 1999) que ideas verdaderamente profundas. En 1884 deja su país y se traslada con su esposa Eugenia, por entonces en estado de gravidez, y acompañado además de sus cinco hijos, a la Argentina, que fue su primera cabecera de playa. Con este largo viaje buscaba cumplir el sueño de instalar una colonia socialista en suelo americano y desarrollar sus afanes de investigación científica en este continente. Estas fueron las metas personales que lo impulsaron a la fantástica aventura, hermosa, romántica, idealista pero implausible, de cruzar los inmensos océanos hasta llegar a estas tierras desconocidas. En esta parte del mundo le aguardaba la oportunidad de realizar importantes exploraciones, descubrimientos y algunas teorizaciones originales. Pero al mismo tiempo, encontró amargos infortunios y desencantos. Una experiencia, como podría decirse, de indudable sabor agrídulce.

En América recibió pleno apoyo del gobierno de Buenos Aires y pronto la familia se afincó en la provincia argentina de Misiones. Pero las dificultades surgidas, los problemas económicos y

ciertas fricciones que aparecieron más tarde en el ámbito de la política local los obliga a dejar el país y establecerse en Paraguay. Este nuevo viaje se realiza probablemente en noviembre de 1888. La nueva frontera escogida parecía ser la apropiada. La exuberante vegetación tropical y la rica y variada fauna capturaron de inmediato la curiosidad científica de Bertoni. Tres años más tarde, un día de octubre de 1893 mientras navegaba en una exploración por el Río Paraná, descubrió un lugar en las cercanías del Río Monday que le pareció un emplazamiento excelente para instalar allí su hogar y construir una fortaleza que habría de servirle para el estudio y la investigación que tanto anhelaba. En aquél sitio que delimita el actual territorio del Alto Paraná –fronterizo por el este con el Brasil– fundó entonces Puerto Bertoni, que se convirtió en su hogar definitivo. Allí publicó él mismo algunos de sus libros con la imprenta que montó y a la que significativamente bautizó con el nombre de *Ex Sylvis*. Durante su larga estancia en el Paraguay, el sabio suizo desarrolló una intensa actividad científica en áreas tales como la meteorología, la investigación agrícola, la observación intensiva de la flora y de la fauna del país, así como la antropología de sus habitantes autóctonos, los guaraníes. De ellos estudió su cultura, costumbres y organización social, conocimientos, creencias, valores, características físicas y raciales, además de su moral y su psicología. Además realizó algunas contribuciones importantes en el aspecto institucional que redundaron en beneficio directo para la formación de profesionales paraguayos en las ciencias agronómicas. Lo más importante fue la fundación de la Escuela Nacional de Agricultura de Asunción en 1896, por encargo expreso del gobierno paraguayo. Pero la revolución de 1904, que entronó al Partido Liberal y provocó la caída subsecuente del Partido Colorado, que era el sector político más afín a su persona, le forzó al abandono de esta dirección. Grande, antiguo y persistente defecto de este país, en el que las afinidades políticas se imponen sobre la inteligencia y el talento.

Los años restantes de su vida los pasó en Puerto Bertoni dedicado al estudio de sus numerosas áreas de interés, con breves intervalos de participación en congresos científicos en Argentina y Brasil, en los que su presencia siempre generó interés al mismo tiempo que debates encendidos –como pronto veremos– y durante los cuales abandonó por lapsos fugaces su voluntaria reclusión. Para proseguir con sus investigaciones debió sortear numerosos obstáculos con una tenacidad admirable. Sin embargo, durante la década de 1920 los contratiempos económicos y de sustento fueron en constante aumento, lo que motivó varias crisis familiares y el alejamiento de muchos de los hijos, además del deterioro de su relación marital. Los problemas de salud que afectaban a Bertoni también crecieron. Murió finalmente por causas naturales en la localidad brasileña de Foz do Iguazu el 19 de septiembre de 1929 en la casa de un médico, solo tres semanas después que le ocurriera lo mismo a su esposa en la ciudad paraguaya de Encarnación, sin que Bertoni se hubiera llegado a enterar nunca de esta pérdida. Quedaba así cerrada una vida muy activa, apasionada e idealista, la de un auténtico científico. Puede apuntarse que sobre Bertoni se escribieron muchos ensayos biográficos, no todos ellos de confiable objetividad. Aquéllos más detallados y bien documentados son los dos excelentes libros de Baratti y Candolfi (1994, 1999).

Bertoni y la Antropología de su tiempo

La obra global de Bertoni abarca numerosos volúmenes, folletos y artículos. Para los efectos del presente estudio habremos de considerar principalmente un par de sus libros: a) el *Resumen de prehistoria y protohistoria de los pueblos guaraníes* (Bertoni, 1914), producto de conferencias pronunciadas

en una institución educativa secundaria, como recién hemos mencionado y b) el segundo tomo de *La civilización guaraní* (Bertoni, 1956) que se focalizó temáticamente en la religión, la moral y la psicología de este grupo étnico. Esa obra, que a pesar de ser la segunda de una planeada trilogía fue la última en aparecer y además lo hizo en forma póstuma, por oficios directos de la Sociedad Científica del Paraguay, que la terminó de ordenar y compilar. No lo hizo el propio Bertoni en su momento por las estrecheces económicas que padecía en la década de 1920 (Benítez, 1956). El primer volumen (Bertoni, 1922) estaba referido a la etnología de los guaraníes mientras que el tercero (Bertoni, 1927) a la etnografía, la higiene y la medicina. El primero y el tercer tomo salieron de la imprenta de Puerto Bertoni. En las páginas del *Resumen de prehistoria y protohistoria de los pueblos guaraníes* (Bertoni, 1914) se reconoce muy claramente el estilo personal de la narrativa de Bertoni: límpido, claro, directo y explicativo, sin rebusques ni petulancias innecesarias. Logra comprimir la información de manera eficaz, por lo que su presentación es concentrada y densa (García, 2014b). Hay numerosos aspectos en los que no se asemeja a los textos actuales de antropología, pues se exponen las ideas y argumentos centrales, aunque con casi nula referencia a las fuentes. Alusiones a los autores que le sirven de base son casi igual de escasas. Resulta fácil y ameno acompañar el discurrir constante de los conceptos y argumentos, pero más difícil es reconocer sus respectivas deudas intelectuales. La obra reúne ciento sesenta y cuatro páginas. La geografía física, la evolución de los tipos físicos y morfológicos así como la diversidad humana resultante, las características culturales y lingüísticas y las peculiaridades sociales y psicológicas son sus asuntos centrales. En la primera de las tres conferencias, que comprimen en extensión las diez páginas iniciales de la obra, Bertoni se detiene con mucho detalle en la estructura de la geografía paraguaya y en la distribución regional y continental de la base rocosa del suelo. En vano se excusa de no ser un experto en estos temas, pues su exposición demuestra que, si bien quizás carecía de una titulación en ciencias geológicas, su experticia es suficiente para exponer cada uno de los tópicos más importantes con acabado conocimiento de causa.

Cualquier reconstrucción teórica del proceso seguido por la evolución humana constituye un aspecto crítico y fundamental, entre otras cosas para fijar detalles sobre las circunstancias de origen y el curso de la descendencia. La opinión predominante de Bertoni era que el surgimiento de los primeros humanos aconteció durante el *período terciario*, un criterio para la demarcación del tiempo geológico introducida por el ingeniero italiano Giovanni Arduino (1714-1995) y cuya aplicación era bastante común en los comienzos del siglo XX. Arduino diseñó un sistema para la clasificación de las rocas basado en observaciones que realizó mientras estudiaba minas (Rezende, 2006). Las rocas terciarias, de origen volcánico, eran muy ricas en fósiles. Esa etapa en la historia geológica de la tierra se extiende desde hace 65,5 millones de años hasta los 1,8 millones más recientes. Tras su culminación se inicia el *período cuaternario*. Los geólogos actuales, en observancia al criterio adoptado por la Comisión Internacional de Estratigrafía, establecen la división del antiguo período en una fase más antigua denominada *paleógeno* (65,5 millones a 23 millones de años) y otra más reciente conocida como *neógeno* (de 23 millones de años hasta el momento de inicio del *período cuaternario*). Hoy es un dato rutinariamente aceptado que nuestros antecesores remotos vivieron en la parte final de ese lapso. Para Bertoni el descubrimiento del *pithecanthropus erectus*, que en aquéllos días aún era un evento muy reciente, podía considerarse una evidencia

concluyente sobre el origen del hombre en el *período terciario*. Era consciente, sin embargo, de la ausencia de consenso entre los expertos.

Como es sabido fue el médico holandés Eugène Dubois (1858-1940) quien hizo los primeros hallazgos de huesos atribuidos a esta especie. Tan identificado se encuentra Dubois con el descubrimiento que su nombre y el del *pithecanthropus* han llegado a ser prácticamente uno y el mismo (Theunissen, 1989). El joven galeno, que se alistó en las filas del ejército de su país porque no encontró financiamiento privado que pudiera sostener sus investigaciones, permaneció desde 1887 a 1895 emprendiendo numerosas expediciones en procura de fósiles. Primeramente comenzó su búsqueda en la isla de Sumatra y más tarde se trasladó a la de Java, ambas en el territorio insular de Indonesia. Su trabajo formal era el de médico en el ejército. En agosto de 1891 sus exploraciones lo llevaron a descubrir unos restos óseos de lo que en un comienzo fue bautizado como *anthropopithecus*, pero que al año siguiente comenzó a ser designado con el nombre de *pithecanthropus* (Dubois, 1900), como consecuencia directa del hallazgo de un lote de huesos más completos que también correspondían a esta especie (Gundling, 2005). La segunda designación adoptada era un reconocimiento personal de Dubois a Ernst Haeckel, quien poco tiempo antes había especulado con que los restos de un hipotético *pithecanthropus alalus* u *hombre-mono sin habla*, como él lo había denominado, debían encontrarse en el área de Borneo, Sumatra y Java (Richards, 2008). Fue por eso que decidió explorar en forma muy sistemática toda la amplia zona y obtuvo el merecido premio de su hallazgo. A este fósil también se lo conoció en los círculos más populares como el *hombre de Java*, aunque ahora sabemos con certeza que eran ejemplares clasificables como el *homo erectus*. No en balde se bautizó a Dubois como *el hombre que encontró el eslabón perdido* (Shipman, 2001). De todas maneras, él suponía que sus descubrimientos no eran realmente de humanos sino que pertenecían a una criatura distinta aunque dotada de gran cerebro, semejante a un gigantesco gibón bípedo, que posiblemente representaba una forma transitoria en el camino evolutivo que condujo al hombre. Estas fueron las piezas más importantes en el registro fósil hasta que en 1924 el anatomista y antropólogo sudafricano Raymond Arthur Dart (1893-1988) encontró los primeros ejemplares conocidos del *australopithecus africanus* (Klein, 1989), cuya comunicación al año siguiente en la revista *Nature* (Dart, 1925) significó un evento revolucionario de gran trascendencia en el mundo científico. Dart, un joven médico británico que llegó a Sudáfrica a los treinta años y no estaba para nada contento con su nuevo destino tras haber dejado el respetado University College en Londres, al que consideraba el centro mundial de la medicina, cambió de manera drástica el punto de mira para los estudios de la evolución humana, que hasta entonces se creían originados en Eurasia (Brain, 2003).

Bertoni conocía bien el pensamiento de sus contemporáneos y las principales teorías vigentes sobre el origen del hombre, entre las que resaltan los trabajos del antropólogo Florentino Ameghino (1854-1911), sobre cuyos hallazgos hizo mención en ocasión de la primera conferencia. Este naturalista, paleontólogo, antropólogo y zoólogo había nacido en Argentina hijo de inmigrantes europeos. El padre era oriundo de Génova, en el noroeste de Italia (Conway, 2005). Ameghino debió pasar gran parte de su vida profesional dedicado al comercio y sin poder disfrutar de un empleo en las instituciones científicas de su país, lo cual desde luego no significa que su vinculación con estas haya resultado completamente marginal (Lopes, 1999). En la etapa más avanzada de su carrera le tocó actuar como profesor de Zoología en la Universidad de Córdoba, como subdirector del

Museo de La Plata y director del Museo Nacional de Buenos Aires, entre otras ocupaciones. Fue muy apreciado como un trabajador incansable y un colector sistemático que consiguió establecer una impresionante serie de fósiles que en su mejor momento llegó a contarse en el orden de las miles de unidades, formando una de las colecciones más numerosas del mundo en aquél tiempo (Dobriyal, 2007). Lo bien reputado que estuvo en su rol de coleccionista le permitió con cierta frecuencia dedicarse con éxito a la venta de sus especímenes. En este rubro llegaron a pagarle hasta cinco mil dólares por algunas de sus colecciones (Wallace, 2004), una cantidad que puede presumirse muy respetable para la época. La producción bibliográfica también fue destacable. Sus libros incluyen la influyente obra *La antigüedad del hombre en el Plata* (Ameghino, 1918), que resulta de lectura fundamental para comprender los puntos de vista respecto al proceso de la filogenia humana. Florentino y su hermano Carlos (1865-1936) ayudaron a establecer las ciencias físicas en la Argentina a través de su trabajo de campo, conferencias y monografías publicadas (Lewis, 2001). Como un dato de interés para esta historia y que además demuestra que las conexiones entre antropología y psicología resultaban más que una simple casualidad, debe recordarse que en 1908 también fue uno de los fundadores de la Sociedad de Psicología en Argentina y en su nómina figuró como miembro titular (Ostrovsky, 2008).

Ameghino también es recordado por sostener ciertos presupuestos que, para decir lo menos, podrían calificarse como dudosos y controversiales. Muchos de estos puntos de vista que los especialistas pronto colocaron bajo la lupa inclemente del debate se relacionan a sus ideas sobre el proceso que habría seguido la evolución humana. Algunas de las teorías constituían un auténtico problema pues se hallaban en manifiesta contradicción con la lectura convencional del registro fósil (Novoa & Levine, 2010). En tal sentido, Ameghino postulaba que los primates, incluyendo los humanos, se habían originado en el sur de América y no en el continente africano, como era corriente aceptar entonces y ahora. Al principio sostuvo que eran los precursores del hombre quienes provenían de suelo austral americano, pero desde comienzos de la década de 1890 su posición fue modificada, insistiendo cada vez más en que el hombre mismo era de origen sudamericano (Ingenieros, 1919/1962). Autoras como Podgorny (2005) recogen afirmaciones insólitas como aquella según la cual *el hombre no es un mono mejorado; al contrario, los monos son hombres que se han vuelto bestias*. Ameghino postuló la existencia del *homo pampeus*, una especie que se habría originado en la Patagonia, luego emigró hacia el norte de América por el istmo de Panamá hasta llegar a América del Norte. De allí, por el otro istmo de Bering hasta el Asia, donde originó a los pueblos mongoles y después hasta Europa, culminando en el hombre blanco. Supuso que hubo toda una serie de antecesores americanos: primero un predecesor no humano, el *homunculus patagonicus*, luego algunos pre-hominidos como el *tetraprohomio* al que siguieron otras especies diversas de *homo* (Adovasio & Page, 2003). Estas ideas pronto hallaron decididos oponentes entre sus pares académicos, el más duro de los cuales le hizo un contrapunto en su mismo país natal y fue Karl Hermann Burmeister (1807-1892), un ciudadano alemán que hizo de la Argentina su patria de residencia y fue director del Museo Nacional desde 1863 (Díaz-Andreu, 2007), convirtiéndose así en un crítico del trabajo de Ameghino. Al cumplirse un siglo de su fallecimiento, Politis y Bonomo (2011) remarcaban que poco queda de sus ideas sobre el origen del hombre en las extensiones de la Pampa argentina.

Pero Bertoni era cualquier cosa menos un observador ingenuo o un razonador dogmático. Y aunque también se manifestaba cauteloso al referirse a sus colegas, resulta claro que las proposiciones de Ameghino no fueron plenamente reivindicadas ni aceptadas por él. Al contrario, marcó cierta distancia con respecto a ellas. Esto se infiere fácilmente porque, tratándose de un autor “...que ha sostenido con muchas aparentes pruebas...” (Bertoni, 1914, p. 17) sus ideas y cuya teoría “...era presentada y robustecida por un gran número de argumentos apoyados con tantos datos y hechos, que parecían muy convincentes” (Bertoni, 1914, pp. 17-18), no tuvo reservas para congratularse cuando la hipótesis de Ameghino fue finalmente inhabilitada ante el mundo científico, pues con ello “...desaparecía un obstáculo para mi teoría sobre el origen de las razas americanas que venía madurando...” (Bertoni, 1914, p. 18). El escenario para esta confrontación dialéctica entre las doctrinas de Ameghino y el sector que con férrea oposición representaba a una parte mayoritaria de la comunidad de investigadores fue el *Congreso Científico Internacional Americano* de 1910, con el que la República Argentina había celebrado su primer centenario patrio con todo esplendor, un acontecimiento al que Asúa (2011) calificó como *la fiesta de la ciencia*. En realidad, varias reuniones similares se habían sucedido a lo largo de aquél año. Sólo unas semanas antes, entre el 17 y el 23 de mayo de 1910, Bertoni participó en carácter de *adherente* del *XVII Congreso Internacional de Americanistas*, otro de los muchos eventos de carácter científico que se organizaron en la capital argentina. Entre los paraguayos que estuvieron vinculados a esta última reunión se puede mencionar a Juan Silvano Godoi (1850-1926), Director de la Biblioteca Nacional de Asunción, José P. Montero (1878-1927), Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, el historiador Manuel Domínguez (1869-1935), el médico inglés Guillermo Stewart (1830-1916), el zoólogo y naturalista Arnoldo de Winkelried Bertoni (1878-1973) –el segundo de los hijos de Moisés–, el Teniente Coronel Adolfo Chirife (1877-1923) y el estanciero de la zona del Alto Paraná Federico C. Mayntzhusen (1873-1949) (Lehmann-Nitsche, 1912).

En el *Congreso Científico Internacional Americano* la delegación oficial paraguaya estuvo integrada por tres personas, una de las cuales era Bertoni. Los otros fueron el doctor Teodosio González (1871-1932) y el doctor Víctor Idoyaga, este último Director del Hospital Militar de Asunción. El programa de este evento (Sociedad Científica Argentina, 1910) registra un par de ponencias de nuestro autor presentadas dentro de la sección de Ciencias Antropológicas. Sin embargo, en una carta dirigida al hermano Brenno el 21 de julio de 1910 y recopilada en la obra de Baratti y Candolfi (1994, p. 442), Bertoni afirma que habían sido en realidad cuatro los trabajos defendidos en igual número de conferencias. Como quiera que sea, las dos contribuciones mencionadas en el documento del congreso se hallaban referidas, por una parte, a su teoría sobre *El origen probable de las razas americanas* y por el otro, a la *Necesidad de una mejor orientación para el estudio lingüístico de la lengua guaraní*. Los detalles principales del modelo antropológico que fue comunicado en el primero de los trabajos serán revisados en un momento más. Esta presentación de Bertoni, al parecer, dejó en el aire la impresión de ser muy *especulativa*, o al menos así es como la percibe Asúa (2012) más de un siglo después.

Sabemos además por cuanto se reporta en las actas del congreso, que Ameghino había realizado una crítica enfática a los alegatos de Bertoni, al considerar que algunos puntos eran insostenibles por carecer de pruebas. Años más tarde, Bertoni (1914) recordaba que la réplica de Ameghino se había producido incluso antes que él terminara de exponer completamente su punto cuando le

tocó hablar en aquel encuentro y que, debido a lo precipitado de la intervención, los argumentos del antropólogo argentino terminaron resultando injustos para su posición. Más adelante abundaremos en qué aspecto exacto sobrevino el entredicho más importante. También sabemos que Bertoni contestó las críticas reafirmando sobre la validez en los principios que expuso. Sin embargo, fue la propia teoría de Ameghino la que resultó peor parada ante el escrutinio científico. Lo que en apariencia resultó el golpe certero a sus puntos de vista tuvo que ver con la participación en las sesiones de dos connotados investigadores provenientes de los Estados Unidos, aunque el segundo sea de origen checo. Ellos eran el ingeniero geológico Bailey Willis (1857-1949), uno de los más renombrados exponentes de la geología en la primera mitad del siglo XX en los Estados Unidos (Oldroyd & Jing-Yi, 2003) y el antropólogo físico Ales Hrdlicka (1869-1943), quien a comienzos del siglo XX dominó por completo los estudios sobre la antigüedad de los habitantes primitivos de América del Norte (Forbes, 2011). También fue quien propuso la teoría pos-glacial sobre la llegada del hombre al continente americano por la ruta del frío norte (Hrdlicka, 1907), hace de esto doce mil años aproximadamente.

Willis y Hrdlicka llegaron a la Argentina dos meses antes de iniciarse el congreso y recorrieron todos los sitios arqueológicos donde habían sido encontrados los fósiles y utensilios primitivos. Incluso Ameghino tuvo la cortesía de acompañarlos en varias de sus expediciones, identificando con exactitud la ubicación de los yacimientos. El lugar que Ameghino y Hrdlicka visitaron en 1910 se llama Monte Hermoso. La edad de los restos fue muy cuestionada por el visitante, así como otros aspectos relacionados a las excavaciones (Rodríguez, 2009). Durante una de las reuniones en el congreso debía informarse de las conclusiones a las que arribaron ambos autores y así se hizo en efecto. Pero los resultados fueron desoladores para la teoría de Ameghino, que en opinión de los autorizados evaluadores carecía de sustento y otorgaba a los restos encontrados una datación más antigua de lo que correspondía. En el análisis final de las investigaciones realizadas durante estas visitas, publicado en 1912, los dos científicos rechazaron de plano todas las evidencias sobre la presunta antigüedad del hombre en Sudamérica (Larsen & Patterson, 1997). Según revelaba Bertoni (1914) no sin cierta prudente discreción, ya antes de aquella crítica jornada el doctor Willis le había confesado en una conversación privada sobre cuáles iban a ser sus alegatos finales respecto a la cuestionada teoría. Por ello, cuando estuvo presente el día que se hizo público el veredicto, los argumentos utilizados para demoler la teoría ya no representaron ninguna sorpresa para él. En la comprensión de esta agria disputa que se entabló entre autores estadounidenses y Ameghino –pues Willis y Hrdlicka en modo alguno fueron los únicos– también pueden adoptarse otros puntos de vista. Por ejemplo, Quintero Toro (2009) se refiere al proceso de expansión económica que estaban experimentando los Estados Unidos en las décadas finales del siglo XIX, donde mucho contaba el flujo de capitales y la disponibilidad en la mano de obra. Varios de los emprendimientos científicos estadounidenses pueden visualizarse en este contexto. Los biólogos de aquel país miraban con interés a América Latina como proveedora de buenos especímenes o datos científicos básicos, aunque la producción de teorías originales debía quedar como un patrimonio de los naturalistas norteamericanos. Esta hipótesis, aunque tal vez no explica a fondo todos los aspectos importantes de la cuestión al tiempo que la politiza en demasía, representa un elemento fundamental que debe ser tenido en cuenta para una evaluación global de la teoría de Ameghino y su recepción en las naciones del norte.

Las ideas de Bertoni sobre el hombre primitivo

Es importante mencionar que los constructos de *especie* o *raza* humana eran utilizados por Bertoni de una manera intercambiable y quizás por ello no se preocupó demasiado por establecer una precisa diferencia entre ambos. Al pensar sobre este punto uno no puede menos que recordar cuanto reza el criterio de Hammonds y Herzig (2009), quienes señalan que, a partir de su primer uso conocido en el año 1508, la palabra *raza* retuvo varios contenidos diferentes que con frecuencia suenan contradictorios, unas veces como algo natural y otras como social, en cuanto fenómeno fijo y también mutable, y aún como algo proveniente de la herencia aunque también de carácter adquirido. No faltan quienes en posesión de un criterio más culturalista han despachado el término de forma directa como un concepto de simple naturaleza ideológica, poco útil para la ciencia. Aunque también se encuentran obras argumentadas con razonable conocimiento de causa (Sarich & Miele, 2004) donde se demuestra que el significado, lejos de resultar trivial, se halla firmemente basado en la evidencia. Pero es claro que las ideas deben ser comprendidas en el contexto de la época en que brotan, no en los presumiblemente más avanzados del tiempo actual, so pena de incurrir en la práctica del *presentismo*, es decir, la interpretación de los hechos del pasado desde una perspectiva sesgada por los conocimientos del presente (García, 2016c). Hecha esta imprescindible salvedad, podemos detenernos a explorar los supuestos de Bertoni en relación a la aparición del hombre en suelo americano. Como primer paso, desiste de resolver la tremenda incógnita que representa el verdadero momento de origen de la especie humana en el mundo, pues se trata, al menos en su punto de vista, de un problema de solución imposible en el momento que le tocaba escribir. Igual criterio cabía sostener respecto a la unicidad o multiplicidad que corresponde a los humanos en su clasificación como especie y cuya salida, presumía Bertoni, era dependiente sólo de la adopción de un criterio más amplio o más estrecho.

Sobre el itinerario del hombre en el continente, no obstante, creyó posible descubrir los pasos que se habían dado y por ello consideró oportuno ensayar una teoría. Decía que hoy se conocen en América, "...no contando con las razas desaparecidas..." (Bertoni, 1914, p. 20) a tres grandes categorías. Entre los humanos vivientes, el primero y por ende el de mayor primitivismo era el tipo *dolicocéfalo*, caracterizado por poseer el cráneo morfológicamente alargado y al que se suponía presente en la geografía americana ya desde las épocas más arcaicas. Esta clasificación comenzó a utilizarse en la ciencia de mediados del siglo XIX a partir del trabajo de Georges Vacher de Lapouge (1854-1936), el antropólogo francés al que algunos académicos consideran el iniciador del racismo científico en Francia (Hecht, 2003). Él había concebido una variedad en el determinismo biológico que separaba a la especie humana en dos grupos raciales básicos: a) el tipo *dolicocéfalo* o de cabeza alargada, individuos de la variedad aria y superior y b) el *braquicéfalo*, con la cabeza redondeada y trabajador por costumbre, que era una raza buena pero inferior. Otros investigadores, como el anatomista holandés Petrus Camper (1722-1789) esgrimieron criterios que podían ser utilizados para dividir a los *dolicocéfalos* y *braquicéfalos* en dos sub-variedades más, de acuerdo a la conformación frontal exhibida por el cráneo, que o bien podía sobresalir para adelante o ser protrusivo. A los que tenían un cráneo menos protrusivo los denominó *ortognáticos*, mientras que a los más protrusivos los llamó *prognáticos* (Baum, 2006). Estos conceptos son utilizados de forma corriente por los odontólogos actuales. También en determinado momento, sobre todo en los inicios del siglo XX, la adscripción de los negros al tipo *dolicocéfalo* fue empleada con propósitos muy poco

científicos, esto es, para justificar supuestas inferioridades raciales (Richards, 1997). De acuerdo con Bertoni (1914) la aparición del tipo *dolicocéfalo* en el ambiente americano habría coincidido con la última etapa glacial en el norte y su marco temporal sería de unos diez a doce mil años de antigüedad. Creyó además que los primitivos habitantes de América provenían del continente antártico, en una época en que aquéllas tierras septentrionales se habrían unido a la región de la Patagonia a través de prolongaciones continentales en tierra firme que llegaban hasta más al norte inclusive, todo lo cual se hallaría explicado por los cambios de nivel que una vez se dieron en la altura promedio de las aguas del Océano Atlántico.

En realidad hoy sabemos que las cosas son ligeramente diferentes en lo que respecta a la formación continental primitiva. Tanto la Antártida como otras grandes extensiones de tierra que en la actualidad existen de manera separada, integraban hace unos 500 millones de años un súper continente llamado *Gondwana*, cuyo nombre fue acuñado en 1881 por el geólogo Eduard Suess (1831-1914). Significa “tierra de los Gonds”, una tribu nativa de la India a la que por lo regular se consideraba “salvaje” (Marriott, 2003). A lo largo de un período de cientos de millones de años los diferentes continentes se fracturaron de los márgenes originarios que tenían en *Gondwana* a partir de la época referida, habiendo sido América del Norte la primera en comenzar la deriva, hace unos 490 millones de años. Más adelante en el tiempo, hace 130 millones de años, solo la Antártida, Australia y Nueva Zelanda permanecían unidas. Australia comenzó su separación de la Antártida hace 110 millones de años. Pero solo hace 65 millones, en el final del *período cretáceo* y de manera casi paralela al momento en que sobrevenía la extinción en masa de los grandes dinosaurios, la Antártida realizó el alejamiento final (Long & Bowden, 2001). Para ser exactos, 250 millones de años atrás el también antiguo súper continente de *Pangea* había alcanzado su mayor extensión territorial. En aquél momento se hallaba formado por una región llamada *Laurasia*, que agrupó a todos los actuales continentes nórdicos como Norteamérica, Groenlandia, Europa y el norte asiático. La parte del sur la constituía *Gondwana*, sobre cuyo desarrollo geológico aún surge controversia. El motivo es que no se encuentra del todo claro si se originó por la fusión de grandes bloques continentales o es el producto de la unión de un número mayor de partes pequeñas (Rogers & Santosh, 2004). Desde luego la Antártida, o al menos la gran masa de tierra que hoy conocemos con ese nombre, no fue siempre un continente helado. Pero la hipótesis de Bertoni de un movimiento colonizador humano partiendo desde allí en dirección hacia el sur de la Patagonia hace solamente doce mil años no hubiera resultado plausible a la luz de cuanto conocemos hoy acerca de la historia geológica de los continentes.

Según razonaba nuestro autor, era muy probable que el hombre *dolicocéfalo* hubiese conformado un tipo humano inferior. Este se hallaba integrado por diversos grupos étnicos distintos, sin perfilar lo que podría calificarse como un sector homogéneo y único. La apariencia y las características físicas que exhibía eran todavía las de un hombre primitivo. De las tres o cuatro razas que habrían existido en aquél momento, lo más factible es que también hubiesen mostrado algunas diferencias en cuanto concierne a la capacidad mental, habida cuenta sus probables diferencias en la evolución intelectual, de un sector a otro. En el aspecto físico eran de talle bajo, con el cráneo y la cara en ligero alargamiento. Nunca llegaron a constituir una especie dominante y su organización social tampoco pasó de ser muy rudimentaria. En este punto, Bertoni adhirió a la opinión del paleontólogo y antropólogo argentino Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917), que fue capaz de

identificar huesos con estas mismas características físicas en varios sitios de América. En cuanto al área de dispersión que les habría correspondido, Bertoni sugirió, y más que eso, estimó como algo “...indudable...” (Bertoni, 1914, p. 20) que el desplazamiento de esa especie humana desde las tundras del frío sur americano hacia el norte más templado se hallaba respaldada por dos hechos básicos: 1) la supervivencia de pequeñas tribus esparcidas en varios lugares del continente y 2) ciertos hallazgos que, según menciona, habrían sido registrados en yacimientos del Brasil. Todo ello persuadió a Bertoni que la evolución de este hombre primitivo, como parecían indicar los indicios basados en el registro fósil, había quedado detenido en un nivel estacionario.

En un segundo momento de la filogenia humana en América, cuya delimitación temporal exacta y precisa, Bertoni arguye, no se puede especificar con seguridad, aparece un tipo de homínido con características mongoloides. Esta segunda variedad biológica, de evidente aspecto asiático, es un probable emigrado hacia tierras sudamericanas. Quien primero especuló sobre los *dolicocéfalos* y su primigenio establecimiento en la región, tanto que ha llegado a configurar una especie extinguida al presente, fue el antropólogo francés Paul Topinard (1830-1911), una autoridad universalmente aclamada por los investigadores de la época. Topinard era conocido en los círculos académicos novecentistas por varios puntos de vista influyentes. En una obra muy notoria publicada en 1885 y titulada *Éléments d'anthropologie generale* (Topinard, 1885), por ejemplo, afirmaba que la antropología estudia a los seres humanos como miembros de colectividades que se caracterizan por acusadas semejanzas físicas y cuya continuidad en el tiempo se halla determinada en primer término por la herencia. Esta produce una firme unidad biológica en la sucesión continua de los individuos (Silva, 2007). También guardaba una idea cautelosa y hasta algo escéptica si se quiere sobre la *raza*, a la que consideró una noción de carácter elusivamente abstracto, que manifiesta una expresión de continuidad en la discontinuidad y de unidad en la diversidad (Gossett, 1997).

Bertoni acogió la sugerencia de Topinard sobre la presencia de este tipo específico de humano mongólico en el continente americano. A decir verdad, la llegada de los primeros miembros de nuestra especie desde los helados parajes de la geografía asiática es un hecho corrientemente aceptado por los investigadores actuales (Goebel, Waters & O'Rourke, 2008). Esto sin perjuicio de que existan algunas diferencias concernientes a la fecha exacta y otros aspectos que identifican aquella migración. El cruce por lo que hace unos miles de años formaba el puente de tierra firme de Bering, donde hoy existe el turbulento estrecho que lleva el mismo nombre, debió suceder hace unos 20.000 a 25.000 años (Madsen, 2004). Fue entonces cuando aquellas poblaciones de cazadores pasaron a través de la prolongación de tierra de Bering, un espacio o territorio también conocido como *el puente de Beringia* o simplemente *Beringia*, que unió Siberia con Alaska durante el período glacial. Con ellos igualmente migraron numerosas especies de animales y se diseminaron variedades de plantas. Apoyado en la actual evidencia, Hopkins (1996) ha reducido la estimación a los 12.000 años como una fecha más realista. Cuando aconteció el éxodo, los humanos ingresaron a un hemisferio del planeta que nunca había atestiguado su presencia (O'Neill, 2004). Podría pensarse que esta diferencia entre acceder desde el sur al norte o moverse desde el norte hacia el sur como se piensa ahora podría ser un elemento que anule por completo las suposiciones de Bertoni y la trayectoria migratoria de los antiguos americanos. Pero no tiene que ser así necesariamente.

De hecho, Bertoni recuerda que la filiación mongoloide del hombre americano ya se reconoce como probabilidad étnica desde la época del Barón de Cuvier (1769-1832) por lo menos. Entonces ¿cuáles serían las alternativas más viables para resolver la incógnita? Para el autor no hay duda que las opciones a considerar son, en esencia, dos: a) la primera, suponer que la hazaña histórica de poblar América se originó en el Asia y sólo más tarde el hombre ocupó la gran extensión de los territorios americanos o b) que fueron los seres humanos originados en América los que remontaron el camino con dirección al norte, cruzaron de alguna forma el mar por el Estrecho de Bering y acabaron poblando el Asia. Esta segunda opción es cuestionada por Bertoni como la más problemática. Y no está de acuerdo con ella. En efecto, no existen en los yacimientos americanos remanentes tan antiguos de esta especie como los que se encuentran hoy en los lejanos parajes asiáticos, lo cual agrega dificultades adicionales a la suposición que las poblaciones que alguna vez ocuparon nuestro continente puedan ser más arcaicas que aquéllas. Estos humanos sobre los que se discute su peculiar origen e itinerario, bueno es recordarlo, son los probables antecesores de los *guaraníes* y los *caraibes* (Bertoni, 1914), entre otros pueblos actuales. Es sobre ellos que el autor aceptó un probable origen asiático. Pero para los seres humanos anteriores o de rasgos más primitivos, los llamados *dolicocéfalos*, y que ya se hallan extintos en su mayoría, no debe olvidarse que les era presumido un inicio antártico. De manera que, en la visión defendida por Bertoni, tenemos al menos dos oleadas de inmigración hacia la geografía americana, una más antigua proveniente desde el continente antártico y otra más moderna que suponía la partida desde lo que hoy es la Siberia rusa y China.

Buscando los orígenes en un continente perdido

Estamos por arribar a un punto en que la explicación de los orígenes humanos alcanza un matiz inusual e inesperado. Una característica sobresaliente de Bertoni como científico y que lo diferencia de sus colegas es que también se hallaba dispuesto a tomar en consideración lo que dictan las tradiciones culturales y las leyendas de los pueblos antiguos en su intento por reconstruir los detalles de los movimientos migratorios que generaron las diferentes poblaciones humanas modernas. En este sentido, él insistió una y otra vez que los pueblos actualmente ocupantes del continente asiático, ya sean estos chinos, japoneses, mongoles, indo-chinos o los mongoles de la India reconocen de hecho su extranjería en los territorios que hoy poseen como sus hogares. Muchos entre ellos asumían su proveniencia desde un punto situado al este o el sudeste, una creencia que apunta, al menos en una primera impresión, hacia la dirección en que hoy se encuentra nuestro continente. ¿Pero será América la referencia en estas antiguas reconstrucciones culturales? Bertoni agrega datos de comunidades del Perú, Ecuador, la región centroamericana y México, sobre una antigua formación de tierra situada al oeste, de donde provendrían sus antepasados. Algo de considerables proporciones situado en lo que es la inmensa extensión del Océano Pacífico. ¿Qué lugar tan insólito podría ser este?

Bertoni habla de un pedazo de tierra muy grande, o quizás un archipiélago enormemente dilatado, cuyas costas se habrían extendido desde algún punto cercano a la costa americana, llegando hasta las cercanías del Asia. Un contemporáneo suyo, el zoólogo y paleontólogo alemán radicado en Brasil Hermann von Ihering (1850-1930) había planteado la existencia de un continente perdido denominado *Pacilia* (Bertoni, 1914) y que se desarrolló al oriente de América. En un distante

pasado, habría tocado la costa de Norteamérica. Pero, además de esto, von Ihering cultivó sus propias especulaciones respecto al origen de América. Sugirió que en su historia antigua este continente había estado dividido en dos partes: Archiplata y Archiamazonia. Ambas estuvieron separadas durante gran parte de la *era terciaria*. Archiplata habría estado conectada con la Antártida desde el Cretáceo al Eoceno, mientras Archiamazonia lo estuvo con África a través de un continente denominado Archiatlántica (Briggs & Humphries, 2004). Pues bien, en esa antigua tierra desaparecida que fue *Pacilia* pudo haber existido otra forma humana alternativa, lo que Bertoni consideró un estadio intermedio de la evolución entre los humanos americanos provenientes del tronco asiático y un ser incluso más primitivo. Este también pudo haber pasado a América por los puntos de unión que se habrían mantenido con el territorio de *Pacilia*. Era una inmigración anterior a la venida de los precursores de los humanos actuales desde el Asia. Bertoni no menciona evidencias físicas para este último aserto, pero considera que el viejo y misterioso continente o archipiélago se conectó también a la costa asiática o se expandió hasta una latitud muy próxima a ella, permitiendo la emigración por ese camino. Y aunque no menciona de forma explícita el probable mecanismo para la travesía, su exposición parece sugerir que este podría haber consistido en la utilización de uno o varios puntos de apoyo y escalas para los antiguos viajeros, más que un cruce de los colonizadores por ese corredor. Muy semejante en muchos de sus detalles a la teoría actualmente vigente, excepto por *Pacilia*.

Bertoni, sin embargo, parecía inclinarse por la hipótesis de un cruce literal por las gélidas corrientes del Estrecho de Bering, con los grupos de navegantes primitivos desafiando aquéllas peligrosas aguas. Por eso creía que la migración tenía que haber sido lenta por fuerza, acaecida en grupos pequeños y a través de un período muy dilatado de tiempo. La llegada reciente del hombre de origen asiático a las llanuras de nuestro continente se ve abonada por otro factor más: el elemento lingüístico. La escasa diferenciación en la estructura idiomática sugiere un acontecer próximo. En consecuencia, los peregrinantes que vinieron desde el Asia probablemente sólo constituyen una porción reducida del árbol genealógico de los humanos americanos. Pero pese al mayor consenso logrado por esta teoría, no le parece posible a Bertoni concebir la extraordinaria expedición del hombre a través de los hielos glaciares. Suponía en cambio que hubo otra ruta, una más benigna. Más probable resultaba en su opinión la llegada a través de las ramificaciones del propuesto antiguo archipiélago, al que denomina *Arquinesia*. Pero las cosas no acaban allí, por el contrario, la realidad de este rompecabezas le pareció aún más compleja. Pensó en otras importantes corrientes migratorias que se dieron rumbo hacia América, una de ellas desde la Polinesia. Esta línea explicativa recibe su apoyo en el hecho que estos pueblos fueron buenos navegantes, algo que se halla bien documentado (Calder, Lamb & Orr, 1999; Couper, 2009). Pero Bertoni encuentra también importantes similitudes entre los polinesios y los araucanos del norte de Chile, que sugieren un claro parentesco. También hay semejanzas en el carácter de ambos grupos humanos, algo que en apariencia marca alguna distancia, pongamos por caso, de los guaraníes. Queda claro entonces que, en la visión de Bertoni, las Américas habían sido objeto de diferentes oleadas de inmigración desde variados puntos y en muchas etapas, tanto durante la época cuaternaria como también en el tiempo moderno. Como resumen señalaba que, salvo algunos indios que se localizan en el Brasil así como unos pocos grupos repartidos en otras regiones y que presentan características *dolicocéfalas*, el resto

de la población aborigen que puebla este continente presenta mayoritariamente las características del grupo étnico mongoloide-americano, que se ha convertido así en el tipo antropológico dominante.

Pero he aquí que Bertoni (1914) introduce un elemento inesperado y hasta sorprendente como parte del argumento que desarrolla en las conferencias. No solo el continente o archipiélago de *Pacilia* o la *Arquinesia* aparecen en la discusión. También se menciona la posibilidad de que haya existido alguna vez la *Atlántida*, y que la misma haya jugado incluso algún rol en la formación de las poblaciones de humanos en América. Este había sido también el punto de la teoría que más debatió Ameghino durante el *Congreso Científico Internacional Americano*. Nuestro autor es bien consciente de lo controversial del tema, así como la escasez de pruebas que han arrimado quienes defendieron la posibilidad del perdido continente, que se presumía situado en algún punto entre América y África, en la amplitud que domina el Océano Atlántico. En nuestros días las presunciones sobre la *Atlántida* son despachadas sin más como creencias pseudocientíficas (Stiebing Jr., 1984). Así era también en la época de Bertoni, quien reconoce que para muchos el asunto no es más que una imaginativa fábula (Bertoni, 1914). No solo los egipcios y los fenicios hicieron menciones puntuales a la *Atlántida* sino también Heródoto (474?-425? a.C.), a quien se ha llamado el padre de la historia (López, 1990). Pero las alusiones más conocidas en el mundo antiguo son probablemente las de Platón (427-347 a.C.), quien hizo referencia al mítico continente hundido en su libro *La República* (Platón, 1980).

Razonando sobre la siguiente línea: 1) que algunos pueblos en las Antillas y Centroamérica ostentan una tradición que habla de visitantes de raza blanca que hace muchísimos lustros llegaron a las tierras americanas en su fuga de un continente hundido; 2) que unos años antes de la conferencia se había demostrado geológicamente que las Islas Canarias, las Azores y las del Cabo Verde estaban unidas a la plataforma continental de África y probablemente otras regiones sumergidas también; 3) que esto supone la casi segura existencia de algunas prolongaciones ubicadas más al sur y que serían pertenecientes al mismo continente; 4) que los egipcios afirmaron que *la Atlántida tocaba al Egipto* y 5) que esta antigua tierra de los faraones se extendía en cierto tiempo abarcando toda la zona occidental que comprende el norte africano, entonces no cabe sino afirmar que esa región entre América y África existió, que allí hubo un continente y era la *Atlántida*. En verdad, la afirmación no puede calificarse como menos que sorprendente. Sin embargo, este no es el único caso donde Bertoni se muestra muy complaciente con relación a conceptos de dudosa cientificidad. Para situar en su justo contexto estas afirmaciones respecto al legendario continente hay que informar que, en otras partes de su obra también se mostró propenso a dar como hechos ciertos y comprobados al magnetismo animal, la telepatía, la transmisión del pensamiento, el hipnotismo sonambúlico, la visión a distancia, la levitación o la materia radiante (Bertoni, 1956, pp. 127). Igualmente, mientras analizaba las ideas de los guaraníes sobre la inmaterialidad del espíritu, utiliza en su descripción la noción del *peri espíritu* (Bertoni, 1956, pp. 131), un ambiguo y mal definido concepto comúnmente asumido como verdadero por los espiritistas (Lantier, 1976).

Lo que sigue desde aquí podrá parecer en extremo especulativo, pero la *Atlántida* es un elemento fundamental para comprender las ideas que acuñó Bertoni sobre los primeros pasos del hombre en América y por eso es ineludible analizar la estructura de la idea, aunque después sea necesario criticarla. Tuvo que haber existido, nos decía, algún contacto entre los atlantes y los pueblos de este

continente, y en particular los de América del Norte. Eso explicaría que, entre otras cosas, algunos indígenas norteamericanos posean rasgos semíticos y de la raza blanca que no están presentes en los demás pueblos del sur, así como ciertas características *dolicocéfalas* no poseídas por los demás. En más de una ocasión remarcó Bertoni que esta fusión afectó sobre todo a las comunidades de Norteamérica y poco impacto tuvo en la conformación racial de los habitantes del sur. Recuerda asimismo que los fenicios eran grandes marinos y eran los navegantes de los egipcios, que casi siempre los acompañaban en sus travesías. Sus trayectos conjuntos pudieron traerlos hasta América a través de la *Atlántida* y provocar las cruces que nuestro autor supuso que habían acontecido. Todo esto se basa demasiado en la deducción y la analogía y la escasez de evidencia es casi completa. Esto Bertoni lo sabía muy bien, pero no le impidió incorporar tales elementos a su teoría sobre el origen del hombre americano. Pero más que la síntesis que podamos hacer nosotros, es el mismo Bertoni quien mejor logra explicitar lo esencial de su posición:

Y bien, parece entonces posible que tengamos en los pueblos atlánticos la explicación de una comunicación étnica de ciertos pueblos de Norte América con los de la raza blanca. Esto nos dará el cuadro completo de los orígenes de las razas americanas, pues por un lado tendríamos la Arquinesia como cuna del tronco mongólico o de su predecesor, así como más tarde nos traería elementos la Polinesia y otros pueblos inmigrados por el estrecho de Bering; por el otro lado los dolicocefalos que han venido como autóctonos del extremo sur del continente, extendiéndose hacia el Norte y que hoy día han desaparecido casi completamente; por fin, el tipo especial de una parte de los indios de Norte América tendría su lógica explicación. Estas razas de origen tan diferente han venido a constituir los elementos étnicos que hoy día forman la familia americana (Bertoni, 1914, p. 33).

En la literatura antropológica y en el uso común de los conceptos hay un conjunto de variadas denominaciones que se han utilizado para referirse a las agrupaciones humanas que nuestro autor reunió bajo la denominación de *guaraniano*: Tupí-Guaraní, Caraíbe, Caribe-Tupí y Caribe-Guaraní. La categoría de *grupo guaraniano* era una propuesta de Bertoni para denominar estas poblaciones en una forma genérica. Los integrantes de los diferentes conjuntos étnicos compartían, en su peculiar apreciación, caracteres mongólicos bien reconocibles. Esa cualidad también les brindaba la apariencia facial de una raza superior. Otros grupos que también pueblan regiones de las Américas ostentaban un aspecto más congruente con los rasgos que exhiben los humanos originarios de la Polinesia. Pero a estos sectores que compartían las mismas características de la raza debían también agregarse otros de distinta conformación física pero que sufrieron la dominación y por lo tanto la influencia cultural *guaraniana*, incorporando incluso, en un probable tiempo pretérito, el uso de la lengua guaraní, o de algún lenguaje emparentado a ella. Esta supremacía pudo haberse producido tanto por el imperio de la fuerza como por la superioridad de su civilización, un punto sobre el que Bertoni no albergaba duda alguna (Baratti & Candolfi, 1999). A estos últimos conglomerados humanos les confirió el nombre de *pueblos guaranizantes*. Este vasto mosaico de raza y cultura habría ocupado las dos terceras partes del continente y se diseminó desde las Antillas y la Florida hasta la Pampa argentina. Tales supuestos encierran al mismo tiempo la clave principal por la que siempre abogó Bertoni: la existencia de una civilización guaraní. Esta no abarcó, sin embargo, a todas las variantes étnicas mencionadas antes, sino sólo a quienes formaban la *nación guaraní* entendida en sentido restringido, es decir, los primitivos habitantes del Paraguay. Tales eran, a reducidas cuentas, los conocimientos disponibles en los días que tuvieron lugar las conferencias. Y sobre

estas coordenadas que situaban a los guaraníes en el contexto de la evolución del hombre americano es como Bertoni había concebido la moral y la peculiar idiosincrasia de su formación mental.

La psicología de una raza superior

La muerte de Bertoni en 1929 dejó como herencia una obra antropológica de singulares ribetes, plena de agudas e ingeniosas observaciones y varias suposiciones sugestivas respecto a los comienzos, curso filogenético y desarrollo cultural seguido por el hombre americano durante los últimos veinte mil años, aunque también afectada por cuestiones inconclusas. Pero ya en su época poseía determinados aspectos cuestionables a falta de pruebas que sostuvieran convincentemente sus asertos, pese a lo cual él siempre pareció conferirles sustancialidad empírica. En verdad, el que una teoría sea debatida no es una resta a su valor científico, muchas lo han sido en el momento de su producción y por las más diversas razones, imponiéndose luego con toda la fuerza que provee la contrastación empírica. En cualquier caso, lo que demuestran es que algunas ideas se oponen a creencias o prejuicios de antaño arraigados que suelen anteponer dura batalla antes de ceder su paso en la lucha por el predominio del pensamiento humano. En este sentido no cabe más que recordar a la misma teoría de la evolución de Darwin, que tantas emociones intensas y descalificaciones burlescas despertó en su Inglaterra natal. Sin embargo hoy, ciencias enteras de las que la biología y la psicología son únicamente algunos ejemplos, se fundamentan íntegramente sobre los principios señalados en este enfoque que ha logrado explicar mejor que ningún otro el origen, adaptación, transformación y diversificación de la vida. Por cierto que persisten ciertos ruidosos contrapuntos como la teoría del *creacionismo*, algunas veces pretensiosamente denominado *creacionismo científico* (Morris, 1974), cuyo objetivo principal es armonizar algunos hallazgos legítimos de la ciencia rigurosa con los dogmas intangibles y eternos del cristianismo (Berra, 1990, Scott, 2004). Estos debates, sin embargo, ocurren en ámbitos externos a la academia o en la periferia de la ciencia, y raramente impactan la conducta y las creencias de los científicos.

Con la teoría de Bertoni, sin embargo, ocurrió algo diferente. Al momento de ser publicada en su primera versión, como habría que estimar a las conferencias que se dieron en el Colegio Nacional de la Capital (Bertoni, 1914), y que es cuando además subsistían algunas propuestas teoréticas que luego fueron igualmente olvidadas, cuyo caso más característico es la teoría de Ameghino, las ideas de Bertoni recibieron apoyo y sustento social, como antes hemos explicado. Pero durante la segunda mitad del siglo XX el juicio crítico se fue tornando más adverso, en particular entre los antropólogos paraguayos que estudian de manera sistemática la cultura de los pueblos guaraníes. Entre ellos, varios son los que le han bajado el pulgar a la teoría de Bertoni. Desde el recientemente fallecido escritor Bareiro (1990) que lo consideró un exponente del positivismo evolucionista, sin mérito científico alguno y con ecos marcadamente ideológicos en su discurso hasta Melià (2011), para quien el concepto de *civilización guaraní* que acuñó Bertoni (1922, 1927, 1956) resulta absolutamente espurio y de inspiración puramente patriótica y emocional, pasando por la visión más moderada de Baratti (2002-2003) que llamó *ingenuo* a Bertoni o la más lapidaria de Chase-Sardi (1990) para quien toda la obra antropológica de Bertoni es simplemente *inservible*. La tonalidad, con ser relativamente variada, conserva un cariz muy negativo.

La investigación sobre las fases que jalonaron la filogenia humana, en las décadas que siguieron, se fue apartando cada vez más de las opiniones originales que sostuvo nuestro autor. Los orígenes africanos de los primeros homínidos se hallan sólidamente establecidos. La secuencia comienza con el *sahelanthropus chadensis*, proveniente del Chad y cuyo descubrimiento fue anunciado en 2002 con una antigüedad de entre 6 a 7 millones de años (Lockwood, 2007) y el *rrororintu genensis*, descubierto en Kenia en 2001 y cuya aparición se calcula entre 6,5 a 7 millones de años; hasta llegar al taxón que conforma el *ardipithecus ramidus*, encontrado en Etiopía con una datación de aproximadamente 4,5 millones de años y originalmente incorporado al grupo de los *australopithecus*, pero que tras detallados estudios fue separado en un nuevo género en 1995, el del *ardipithecus* (De la Torre, 2008). Con todos ellos, incluyendo los más recientes especímenes identificados en el género *homo*, la documentación paleoantropológica sobre los comienzos en África es abundante y hace que las conclusiones actuales sean sólidas. Ya parece lejano el tiempo, incluso, en que los *australopithecus* se consideraban los homínidos más antiguos.

Desde el norte de África, cruzando hacia el continente asiático en una peregrinación hacia el este y enfilando a Europa tomando el oeste, los homínidos colonizaron otras partes del mundo no en una, sino en varias oleadas migratorias. La primera de estas tuvo lugar hace un millón de años, con la salida del *homo erectus* desde el suelo africano. El *homo sapiens*, que colonizó prácticamente la totalidad del continente negro hace unos ciento cincuenta mil años, evolucionó hacia los seres humanos anatómicamente modernos en África y no fuera de ella, en el lapso que cubre los últimos doscientos mil años. Esta versión, conocida como la hipótesis *fuera de África* no se basa en hallazgos paleoantropológicos precisamente, sino en algo bien diferente: el descubrimiento del ADN mitocondrial (mtDNA), que procede por una comparación del ADN en muestras provenientes de individuos en diferentes poblaciones. Así se trata de establecer con la mayor precisión posible cuándo y dónde se originaron los humanos modernos (Haviland, Walrath, Prins & McBride, 2014). Es evidente que el cuadro explicativo se ha modificado mucho desde los días de Bertoni. Claro está, todavía se piensa que la llegada de los primeros hombres a América fue cruzando el estrecho de Bering. Pero nadie repara ya en movimientos muy antiguos originándose desde la Antártida hacia América, ni se piensa en la *Arquinesia* o en *Pacilia*. Y desde luego, hoy se toma mucho menos en serio cualquier alusión a la Atlántida, su eventual existencia histórica, y especialmente su presunto rol en la formación de los humanos americanos modernos. Como las piezas que se exhiben en las vitrinas de un museo, esas ideas son antigüedades históricas.

Sin embargo, es preciso ser ecuanímes con Bertoni. Y no es solo para evitar cualquier resquicio de *presentismo* en nuestra interpretación, lo que a veces parece ocurrir con quienes encaran con sorna o arrogancia la discusión de sus teorías. También hay que esforzarse por ver al hombre Bertoni, oculto tras la maleza de sus reflexiones. Yes que, aunque pudo haber sostenido puntos de vista controversiales en los lineamientos de su antropología, no hay dudas que fue un investigador honesto, preocupado por la verdad. Quien pretenda verlo como un palabrero o diletante en un campo ajeno a su especialidad, incurre en un prejuicio muy grave. Desde luego, no hay desacuerdo en que algunas de sus ideas fueron erróneas, pero él se esforzó por documentarse sobre aspectos y conceptos de la literatura vigente en su época que parecían apoyar sus puntos de vista. Lamentablemente, y esto también hay que decirlo, Bertoni no tuvo la habilidad suficiente para tomar distancia de sus propios sesgos ideológicos. Si hubo alguno, ese fue su punto más débil como científico, y

el que con mayor dureza le han recriminado sus detractores. No es que Bertoni haya resultado completamente ajeno a sus propias inclinaciones, pues su estima hacia los guaraníes la reconoce explícitamente (Bertoni, 1914). Pero fue esa simpatía acrecentada con esta etnia en particular lo que indujo su pensamiento a considerarlos una raza superior, una verdadera *civilización* como la denominó de hecho, una cultura más avanzada en todos los aspectos morales y religiosos –y por ende, psicológicos, siguiendo la línea de su argumentación– que cualquiera de las demás que hayan poblado nuestro continente. La ubicación de los guaraníes como el grupo étnico en la cúspide del desarrollo autóctono en el árbol genealógico del hombre americano, es lo que finalmente explica la peculiar visión de Bertoni concerniente al desarrollo moral y psicológico de los mismos, dos dimensiones que, bueno y oportuno es recordarlo aquí, no se hallan separadas en su enfoque. La psicología de los guaraníes, según él la entendió, es la culminación del largo proceso de avance y evolución que aquéllos han tenido en el contexto más amplio de la conformación del hombre americano. Por eso es que la psicología no aparece como origen, sino resultado.

Por todo lo dicho, la comprensión de la antropología es la base para adentrarse de la mejor forma posible en esa psicología particular. A los guaraníes, Bertoni les atribuyó grandes singularidades. Y aunque muchas de estas ideas se hallaban ya pergeñadas en la época de las conferencias (Bertoni, 1914), la mayor elaboración de los aspectos psicológicos y morales habrían de esperar hasta la década de 1920, en que su autor las redactó, y la de 1950, en que finalmente se publicaron (Bertoni, 1956), ya sabemos que de manera póstuma. La vinculación de las características psicológicas en una dependencia estrecha con las concepciones religiosas es una influencia que Bertoni recibió del antropólogo británico Sir John Lubbock (1834-1913), un evolucionista amigo de Darwin y cuyo pensamiento sobre la religión era que esta se había originado en los moldes del animismo que profesaban los humanos primitivos (Chidester, 2005). Toda la reflexión entre la religión, la moral y la psicología, las hizo Bertoni sobre las bases que supone esta línea continua. Sin embargo, los datos no eran siempre fáciles de obtener. Los guaraníes cultivan la extrema reserva personal como uno de sus rasgos distintivos. Son lacónicos, no hablan mucho de sí mismos. Evitan compartir su pensamiento, especialmente en materia religiosa. Signos indudables de una desconfianza hacia el colonizador blanco cimentadas en siglos de arduo conflicto, Bertoni los asume también como un indicador cierto de superioridad moral. En esencia, era el pudor que se originaba en la conciencia de la propia virtud. Y no sería raro que este aire taciturno y poco comunicativo sea también una explicación de la misma característica que se halla presente en los paraguayos, con frecuencia menoscabados en el extranjero por igual motivo.

Los guaraníes creían en la inmortalidad del alma y en la propia persona como ejecutora y responsable de su destino. Aunque Bertoni (1956) no negó que existieran resquicios de magia en el pensamiento y prácticas que eran comunes a este pueblo, enfatizaba que las mismas en modo alguno constituían los principios rectores para su comportamiento colectivo. Se estaba así ante otro elemento que confirmaría su idea de un grupo humano superior. En armonía con los preceptos de su religión eran un pueblo apacible, justo y portadores de la más pura moral. Adoraban una divinidad superior a la que denominaban *Tupã*. Pero no era la figura convencional de Dios que concentra en sí mismo todos los atributos del bien. *Tupã* era la fuente de lo malo y de lo bueno al mismo tiempo. Para el concepto de los guaraníes es un dios espiritual, invisible, inasible, y que además vive dentro de la naturaleza, no en forma externa a ella. Este era un punto sumamente

interesante y muy digno de remarcar con énfasis: el Dios de los guaraníes era parte del mismo proceso natural en que estamos inmersos los seres humanos y las criaturas provistas de finitud. Al ser así, también se volvía susceptible de la influencia que ejercen las fuerzas naturales. Entre los guaraníes no existía la imagen del diablo, pues *Añãnga* o *Añá* era en verdad una divinidad menor, un dios justiciero. No era el único, la mitología incluía a varios de estos semidioses secundarios. De acuerdo a lo que aseveraba Bertoni (1956) la acepción del diablo o el demonio como origen único de todo mal, como una figura temeraria que encarna y sintetiza toda la maldad e impureza del universo en la significación que les dan los cristianos, llegó a los guaraníes a través de las enseñanzas que les prodigaron los misioneros católicos.

En cuanto a las visiones del mundo, el cosmos imaginado por los guaraníes revestía un neto corte fatalista. Pensaban que poco puede hacerse para alterar el estado de los eventos mundanos tal como estos vienen dados. Debido a esto no practicaban la oración, que es un medio deliberado de modificar ese orden apelando a la voluntad y la intervención divina. Por tal motivo, y por muy avanzado que pueda parecernos este concepto para un pueblo de vida y hábitos simples, Bertoni (1956) supuso que los guaraníes tenían una clara noción de algo muy semejante a las leyes naturales, una concepción del ordenamiento cósmico basada en la regularidad inherente a los fenómenos. Otro punto importante respecto a la moral. Rudimentos de esta, para Bertoni, pueden encontrarse incluso en algunos animales diferentes al hombre, como los perros, pero por supuesto en una forma muy prosaica. Estas ideas no dejan de parecer familiares a quienes han leído al Darwin de *La expresión de las emociones en los animales y el hombre* (Darwin, 1984), donde en muchos ejemplos que se encuentran a lo largo del libro se atribuyen características humanas a los animales. Pero asimismo en los hombres, la moral precede a la religión. Por ello puede admitirse que sujetos con un gran desarrollo moral carezcan al mismo tiempo de ideas religiosas.

Vemos, entonces, que la religión no es necesariamente una base para la sanción de la moral. Esta, al mismo tiempo, siempre existe unida al amor, es co-extensiva con él. De allí nacen prácticas como el altruismo, que es una de las expresiones éticas más elevadas. Bertoni (1956) creía que en el ser humano conviven, por una parte, una dimensión que es la del ser reflexivo, y la otra, de carácter opuesto, que arrastra toda la fuerza instintiva. En general, la cultura sujeta la fracción instintiva para potenciar la reflexiva. Aquí es pertinente la distinción que hicimos antes entre los *braquicéfalos* y los *dolicocéfalos*. Los primeros exhibían un mayor dominio sobre sus impulsos mientras que de los segundos se esperaba una dificultad mayor para conseguirlo. Esto apuntaba también a la esencia psicológica de los guaraníes, que era la bondad, generosidad, amigabilidad y el desinterés en el trato. Ellos, que atestiguaban una gran capacidad para afrontar y tolerar el dolor, demostraban al mismo tiempo una elevada sensibilidad. Eran muy afectivos, aunque ciertamente muy reacios a mostrar los detalles de su interioridad en público.

Bertoni resaltaba también, como cualidades que adornan a los guaraníes, la sobriedad y la dignidad. Esta última es fuerte y consistente, no decae incluso en las peores condiciones de penuria personal. Como eran sumamente bondadosos, sencillos y honrados, vivían en un estado de felicidad perpetua, que excluía cualquier manifestación de tristeza. Era todo lo que pudiera llamarse una vida idílica, en el más puro sentido. Bertoni (1956) les señalaba además un elevado sentido de independencia personal, que los conducía a actuar guiados siempre por su propio criterio, sin

subordinarlo a la opinión de los demás. Esta condición, en esencia, denotaba un alto grado de autonomía incrustado en la conducta individual. Pero en su vida y estructura social, los guaraníes practicaban lo que Bertoni (1956) denominó una forma de individualismo cooperativo, en la cual el sujeto no se difumina anónimamente en el grupo, sino que mantiene inalterada su libertad, posibilitando un accionar independiente frente al colectivo. Bertoni, secundado por su ciencia saturada de elementos valorativos implícitos, interpretó la globalidad de estos hechos como los claros indicadores que denotaban una mentalidad avanzada. Ello le permitió aseverar que los guaraníes, por efecto directo de su evolución y la forma ulterior que adquirió su cultura, y por las características singulares de su psicología, llegaron al nivel más alto entre todos los pueblos que habitaron los extendidos rincones que cubren la geografía americana.

Conclusión

En las décadas finales del siglo XIX y comienzos del XX, la teoría de la evolución que partió de las investigaciones de Darwin había penetrado con inusitada fuerza en el ámbito de las ciencias naturales, así como en el marco de las disciplinas que genéricamente se denominan *ciencias sociales*. Diversos autores, interesados en la exploración del amplio abanico temático que perfilaban la sociología, la antropología, la psicología y otros campos afines, incorporaron los conceptos darwinianos o spencerianos a su discurso teórico, convirtiéndolos en los ejes centrales que habrían de sostener no solamente los proyectos de investigación que desarrollaron, sino la misma visión filosófica del mundo que compartían como su telón de fondo. A los intereses de la antropología por vislumbrar el sentido y las consecuencias que adquiere la diversidad cultural y el modo como esta instaure expresiones diferenciales para las costumbres sociales y el comportamiento, se sumaban los hallazgos de la paleontología, que arrojaba nuevas e intrigantes referencias sobre los antecesores del hombre moderno, con la excavación de restos físicos en diversas partes del globo que se iban agregando al registro fósil. Varias de las mentes más lúcidas e inquietas se sintieron compelidas a participar en el debate científico sobre nuestro lugar en la naturaleza y toda vez que pudieron, se mostraron empeñados en realizar aportes propios, con ideas novedosas, interpretaciones o datos brutos. Parecía que la ciencia iba al fin proporcionar una explicación racional, objetivamente fundada e indudable sobre la ubicación de los humanos en el amplio, complejo y variado escenario de la vida en la Tierra. Hubo grandes teorías, muchas de ellas ingeniosas, desafiantes, pero no siempre munidas con el necesario sustento empírico. Algunas fueron cauces que condujeron a descubrimientos genuinos que perduran hasta hoy por la sola fuerza que impone la evidencia. Otras se han diluido en el olvido, pasando a ser piezas de la curiosidad histórica, incapaces de sostenerse en la competitiva lucha por la comprobación, que es el tamiz absoluto ante el cual se miden los verdaderos hallazgos para separarlos de las meras presunciones falsas.

Moisés Bertoni fue uno de los que se sintió atraído por aquéllos importantes problemas. Llegó a la esfera de la antropología procedente de la investigación agrícola y botánica, y a su renovado horizonte de experticia trasladó muchas de las metodologías y estrategias analíticas que son privativas de la ciencia. Comprendió que la argumentación antropológica debía ir apoyada en los datos proveídos por los estudios de campo sobre los cambios humanos que se perciben en la forma y anatomía de los restos fósiles de especies extintas. Buscó discernir la influencia de los factores climáticos y ambientales sobre las particularidades del pensamiento, las costumbres, los

hábitos, las creencias sociales y la aptitud general de producir cultura. Entendió que la diversidad en la estructura morfológica, y dentro de ella por supuesto las disimilitudes del cráneo y su precioso contenido, el cerebro, representan el sustrato para variaciones en la capacidad mental de los individuos. Aunque en sus libros no se expresó utilizando específicamente esos términos, que a la postre son los que ahora usamos nosotros para debatir tales asuntos, las implicancias de estas intrigantes ideas son obvias. Además, si su propósito fue fijar sin resquicio a dudas la singularidad cultural y psicológica que atribuyó a los habitantes primigenios del Paraguay, y fundamentar de esta manera su concepto de la *civilización guaraní*, más perfeccionada que cualquier otra que haya surgido en esta región del mundo, era evidente que el posicionar a aquella etnia en la parte más elevada de la genealogía supuesta para el hombre americano era una exigencia fundamental.

Sólo quienes ascendieron evolutivamente por el uso frecuente de las adaptaciones más eficientes al medio y la mayor efectividad que estas permiten sobre los elementos disponibles en el entorno, podrán considerarse portadores de la moral, la religión y las costumbres más avanzadas. Pero muchas preguntas inquietantes surgen en el camino. ¿Hasta dónde Bertoni utilizó sus datos y sus fuentes con imparcialidad y objetividad y donde exactamente comenzó a acomodarlas sutilmente a sus propósitos intelectuales, para que las afirmaciones y teorías de otros académicos coincidieran de manera funcional con sus opiniones preconcebidas? Es difícil decirlo con absoluta certeza, pero en su trabajo posiblemente hubo mucho de búsqueda honesta y confiable y también bastante de exploración sesgada. Ya antes lo hemos dicho, Bertoni fue un investigador consciente. Pero quizás su devoción profunda por el Paraguay y sus pobladores autóctonos lo llevó a ver lo que tenía delante de sus ojos, no con el nivel de irrealidad que supondría una alucinación, pero sí con el cristal deformado por sus mismos preconceptos.

¿Qué interés, entonces, posee Bertoni para la psicología? Las respuestas que pueden darse a esta interrogante son muy variadas. Pero, para expresarlo con llana simpleza, tiene indudablemente mucho interés. Podemos realizar un gran aprendizaje conociendo, valorando y criticando sus teorías, que es cuanto hemos intentado en este artículo y en otros del mismo tenor (García, 2014b, 2016a, 2016b). Al hacerlo, seremos capaces de apartar lo auténtico de lo irreal, compararlo con los conocimientos actuales, determinar cuáles fueron los senderos mentales que construyó el autor con sus razonamientos, entender a fondo la propia historicidad de las ideas y ensayar una crítica fundada en buen criterio. Todo ello nos permitirá vislumbrar, muy posiblemente, la faceta más valiosa que encierra este trabajo y que es independiente de los aciertos o equívocos de Bertoni. Tiene que ver con una comprensión de la psicología humana, y la singularidad de sus construcciones culturales, como el producto privilegiado de las transformaciones acaecidas durante la filogenia del *homo sapiens*. Este es un aspecto que cautivó a los investigadores de comienzos del siglo XX. Pero el ambientalismo a veces extremo que la psicología fue adquiriendo en las décadas siguientes terminó sepultando casi por completo los intentos de vincular las adaptaciones al ambiente, las modificaciones en el genotipo y las singularidades cognitivas. En este sentido, el esfuerzo de Bertoni hasta parece muy moderno.

Sin embargo, los psicólogos que se orientan por coordenadas más sociales y se interesan en la formación diferencial de los conglomerados culturales humanos atendiendo a su origen variado, igual que a su grado de aislamiento en relación a otros grupos con diferentes costumbres, muy

poco hicieron hasta ahora para entregar datos o interpretaciones renovadas y correctivas en este acercamiento más antropológico y en esencia más descriptivo, concentrado en las divergencias del pensamiento y la conducta. No digamos ya en el estilo de investigación más totalizante al que aspiró nuestro autor, que se esforzó por incluir como variables significativas en su universo de estudio a la paleoantropología y la historia. Desde luego en cualquier ámbito de producción intelectual la evaluación rigurosa es libre, necesaria y saludable, y lo es aún más en la ciencia. Quien lo desee puede valorizar de diversas maneras el trabajo de Moisés Bertoni e incluso ser muy demoleedor en su juicio crítico. No obstante, para ser todo lo consecuentes que la vocación científica exige, deberíamos ofrecer interpretaciones nuevas y distintas sobre los complejos problemas que él estudió, especialmente los psicológicos, para cumplir con ese estadio normal en el avance del conocimiento que supone la corrección inteligente de los errores. Y esto, en el mundillo académico paraguayo, continúa siendo una tarea pendiente.

Referencias

- Adams, B. J. (2007). *Forensic Anthropology*. New York: Chelsea House.
- Adovasio, J. M., & Page, J. (2003). *The first Americans. In pursuit of archaeology's greatest mystery*. New York: Modern Library.
- Alcock, J. (2001). *The triumph of Sociobiology*. New York: Oxford University Press.
- Amaral, R. (2010). *La filosofía en el Paraguay. Anticipos (1814-1918). Ensayos de investigación cultural y bibliográfica*. Asunción: Fondec/Intercontinental Editora.
- Ameghino, F. (1918). *La antigüedad del hombre en el Plata*. Buenos Aires: La Cultura Argentina.
- Asúa, M. de (2011). La fiesta de la ciencia. El Congreso Científico Internacional Americano de 1910. *Revista Ciencia Hoy*, 21(125), 18-24.
- Asúa, M. de (2012). La ciencia del centenario. Las discusiones del Congreso Científico Internacional Americano de 1910. *Revista Ciencia Hoy*, 21(126), 14-20.
- Baratti, D. (2002-2003). Moisés Santiago Bertoni y la generación nacionalista-indigenista paraguaya. *Société suisse des Américanistes/Schweizerische Amerikanisten-Gesellschaft Bulletin*, 66-67, 41-47.
- Baratti, D., & Candolfi, P. (1994). *L'arca di Mosè. Biografiaepistolare di Mosè Bertoni*. Bellinzona: Edizioni Casagrande.
- Baratti, D., & Candolfi, P. (1999). *Vida y obra del sabio Bertoni*. Asunción: Helvetas.
- Bareiro, R. (1990). *De nuestras lenguas y otros discursos*. Asunción: Universidad Católica, Biblioteca de Estudios Paraguayos.
- Barkow, J. H., Cosmides, L., & Tooby, J. (Eds.) (1992). *The adapted mind. Psychology and the generation of culture*. New York: Oxford University Press.
- Barnard, A. (2011). *Social Anthropology and human origins*. New York: Cambridge University Press.
- Baum, B. (2006). *Rise and fall of the caucasian race: A political history of racial identity*. New York: New York University Press.
- Begun, D. R. (2013). The past, present and future of paleoanthropology. En D. R. Begun (Ed.), *A companion to Paleoanthropology* (pp. 1-16). Malden: Wiley-Blackwell.

- Benítez, J. P. (1967). *Formación social del pueblo paraguayo*. Asunción - Buenos Aires: Ediciones Nizza.
- Benítez, J. P. (1983). *Influencias del positivismo en la cultura nacional. Para una historia de las ideas*. Asunción: NAPA.
- Benítez, L. A. (1956). Prólogo. En M. Bertoni, *La civilización guaraní. Parte II: Religión y Moral. La religión guaraní. La moral guaraní. Psicología* (pp. 11-14). Asunción: Indoamericana.
- Benítez, L. G. (1981). *Historia de la educación paraguaya*. Asunción: Industrial Gráfica Comunerós.
- Berra, T. M. (1990). *Evolution and the myth of creationism. A basic guide to the facts in the evolution debate*. Stanford: Stanford University Press.
- Bertoni, M. S. (1914). *Resumen de prehistoria y protohistoria de los pueblos guaraníes*. Asunción: Establecimiento Gráfico M. Brossa.
- Bertoni, M. S. (1922). *La civilización guaraní. Parte I: Etnología. Origen, extensión y cultura de la raza Kará-Guaraní y protohistoria de los guaraníes*. Puerto Bertoni: Ex Sylvis.
- Bertoni, M. S. (1927). *La civilización guaraní. Parte III: Etnografía: conocimientos. La higiene guaraní y su importancia científica y práctica. La medicina guaraní: Conocimientos científicos*. Puerto Bertoni: Ex Sylvis.
- Bertoni, M. S. (1956). *La civilización guaraní. Parte II: Religión y Moral. La religión guaraní. La moral guaraní. Psicología*. Asunción: Indoamericana.
- Biagini, H. E. (Comp.) (1985). *El movimiento positivista argentino*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Bradshaw, J. L. (1997). *Human evolution. A neuropsychological perspective*. Hove: Psychology Press.
- Brain, C. K. (2003). Raymond Dart and our African origins. En L. Garwin & T. Lincon (Eds.), *A century of Nature. Twenty-one discoveries that changed science and the world* (pp. 3-9). Chicago: The University of Chicago Press.
- Brezza, L. M. (2011). *Juan Emiliano O'Leary. El Paraguay convertido en acero de pluma*. Asunción: El Lector.
- Briggs, J. C., & Humphries, C. J. (2004). Early classics. En M. V. Lomolino, D. F. Sax & J. H. Brown (Eds.), *Foundations of Biogeography. Classic papers with commentaries* (pp. 5-13). Chicago: The University of Chicago Press.
- Calder, A., Lamb, J., & Orr, B. (1999). Introduction. Postcoloniality and the Pacific. En A. Calder, J. Lamb & B. Orr (Eds.), *Voyages and beaches. Pacific encounters, 1769-1840* (pp. 1-24). Honolulu: University of Hawaii Press.
- Chase-Sardi, M. (1990). *El Derecho Consuetudinario indígena y su bibliografía antropológica en el Paraguay*. Asunción: Universidad Católica, Biblioteca Paraguaya de Antropología.
- Chidester, D. (2005). Animism. En B. Taylor (Ed.), *Encyclopedia of Religion and Nature* (pp. 78-81). New York: Continuum.
- Clark, M. R. (2005). The emergence and transformation of positivism. En S. Nuccetelli, O. Schutte & O. Bueno (Eds.), *A companion to Latin American philosophy* (pp. 53-67). Malden: Wiley-Blackwell.
- Conway, W. (2005). *Act III in Patagonia: People and wildlife*. Covelo CA: Island Press.
- Cosmides, L., Tooby, J., & Barkow, J. H. (1992). Introduction: Evolutionary Psychology and conceptual integration. En J. H. Barkow, L. Cosmides & J. Tooby (Eds.), *The adapted mind. Psychology and the generation of culture* (pp. 3-15). New York: Oxford University Press.
- Couper, A. (2009). *Sailors and traders: A maritime history of the Pacific peoples*. Honolulu: University of Hawaii Press.
- Dart, R. A. (1925). Australopithecus africanus: The man-ape of South Africa, *Nature*, 115(2884), 195-199.

- Darwin, C. (1984). *La expresión de las emociones en los animales y el hombre*. Madrid: Alianza (Publicación original: 1872).
- De la Torre, I. (2008). *La arqueología de los orígenes humanos en África*. Madrid: Ediciones Akal.
- Díaz-Andreu, M. (2007). *World history of nineteenth-century archaeology: Nationalism, colonialism, and the past*. Oxford: Oxford University Press.
- Dobriyal, S. K. (2007). *Encyclopaedia of world great zoologists, Volume I*. New Delhi: Global Media.
- Dubois, E. (1900). *Pithecanthropus Erectus: A form from the ancestral stock of mankind*. Washington: Government Printing Office.
- Forbes, J. D. (2011). *American discovery of Europe*. Champaign: University of Illinois Press.
- García, J. E. (2003). Orígenes da psicología social no Paraguai. In A. M. Jacó-Vilela, M. Lopes da Rocha & D. Mancebo (Orgs.), *Psicologia Social. Relatos na América Latina* (pp. 85-122). São Paulo: Casa do Psicólogo.
- García, J. E. (2004). La evolución de la psicología en el Paraguay: Una evaluación desde el modelo de Hiroshi Azuma. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación, Segunda Época, 6(2)*, 25-36.
- García, J. E. (2005). Psicología, investigación y ciencia en el Paraguay: Características resaltantes en el período preuniversitario. *Revista Interamericana de Psicología, 39(2)*, 305-312.
- García, J. E. (2009). Breve historia de la psicología en Paraguay. *Psicología para América Latina, N° 17*, Agosto 2009. Recuperado de: <http://www.psicolatina.org>
- García, J. E. (2013). El proyecto de una psicología política en el Paraguay o el equilibrio entre historia, cultura y comportamiento. *Les cahiers de PsychologiePolitique*, Número 23, Julio del 2013. Recuperado de: <http://lodel.irevues.inist.fr/cahierspsychologiepolitique>
- García, J. E. (2014a). Beginnings and development of Experimental Psychology in five countries of South America. En A. J. Thornton (Ed.), *Advances in Experimental Psychology Research* (pp. 23-114). New York: Nova SciencePublishers.
- García, J. E. (2014b). El pensamiento de Moisés Bertoni sobre el origen y la psicología de los indígenas guaraníes. *Psicologia em Pesquisa, 8(1)*, 53-65.
- García, J. E. (2016a). Los estudios psicológicos y antropológicos sobre los indígenas del Paraguay en el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. En R. Mardones Barrera (Ed.), *Construcción discursiva de las características psicológicas atribuidas al sujeto indígena en América Latina*. En prensa.
- García, J. E. (2016b). La higiene moral de los guaraníes en la óptica de Moisés Bertoni. Manuscrito sometido a publicación.
- García, J. E. (2016c). La investigación histórica en la psicología: Aspectos metodológicos y conceptuales. Manuscrito sometido a publicación.
- Glick, T. F. (1996). Science in twentieth century Latin America. En L. Bethell, L. (Ed.), *Ideas and ideologies in twentieth century Latin America* (pp. 287-359). New York: Cambridge University Press.
- Goebel, T., Waters, M. R., & O'Rourke, D. H. (2008). The late Pleistocene dispersal of modern humans in the Americas. *Science, 319(5869)*, 1497-1502.
- Gossett, T. F. (1997). *Race: The history of an idea in America*. New York: Oxford University Press.

- Gundling, T. (2005). *First in line: Tracing our ape ancestry*. New Haven: Yale University Press.
- Hammonds, E. M., & Herzig, R. M. (2009). Introduction. En E. M. Hammonds & R. M. Herzig (Eds.), *The nature of difference: Sciences of race in the United States from Jefferson to Genomics* (pp. xi-xv). Cambridge MA: The MIT Press.
- Hampton, S. (2010). *Essential Evolutionary Psychology*. London: SAGE.
- Hassard, J. (1993). *Sociology and organization theory. Positivism, paradigms and postmodernity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Haviland, W. A., Prins, H. E. L., McBride, B., & Walrath, D. (2014). *Cultural Anthropology. The human challenge*. Belmont: Wadsworth, Cengage Learning.
- Haviland, W. A., Walrath, D., Prins, H. E. L., & McBride, B. (2014). *Evolution and Prehistory. The human challenge*. Décima Edición. Belmont: Wadsworth, Cengage Learning.
- Hecht, J. M. (2003). *End of the soul: Scientific modernity, atheism, and anthropology in France*. New York: Columbia University Press.
- Hrdlicka, A. (1907). *Skeletal remains suggesting or attributed to early man in North America*. Washington: Government Printing Office.
- Hopkins, D. M. (1996). Introduction: The concept of Beringia. En F. H. West (Ed.), *American beginnings. The prehistory and paleoecology of Beringia* (pp. xvii-xxi). Chicago: The University of Chicago Press.
- Ingenieros, J. (1919/1962). Las doctrinas de Ameghino. En J. Ingenieros, *Obras completas*, Tomo VIII (pp. 223-368). Buenos Aires: Ediciones Mar Océano.
- Jurmain, R., Kilgore, L., & Trevathan, W. (2013). *Essentials of Physical Anthropology*. Belmont: Wadsworth, Cengage Learning.
- Klein, R. G. (1989). *The human career. Human biological and cultural origins*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Lantier, J. (1976). *El espiritismo*. Barcelona: Martínez Roca.
- Larsen, C. S. & Patterson, T. C. (1997). Americas: Paleoanthropology. En F. Spencer (Ed.), *History of Physical Anthropology. An Encyclopedia, Volume I* (pp. 68-72). New York: Garland.
- Larson, E. J. (2004). *Evolution: The remarkable history of a scientific theory*. New York: Modern Library.
- Lehmann-Nitsche, R. (1912) (Ed.). *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*. Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.
- Lewis, D. K. (2001). *History of Argentina*. Westport: Greenwood.
- Lockwood, C. (2007). *The human story. Where we come from & how we evolved*. New York: Sterling Publishing.
- Long, J., & Bowden, T. (2001). *Mountains of madness: A scientist's odyssey in Antarctica*. Washington DC: Joseph Henry Press.
- Lopes, M. M. (1999). Fósseis e museus no Brasil e Argentina: Uma contribuição à história da paleontologia na América Latina. *Llull. Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, 22, 145-164.
- López, A. (1990). De Heródoto a Tucídides. *Studiahistorica. Historia antigua*, 8, 75-96.

- Madsen, D. B. (2004). Colonization of the Americas before the last glacial maximum: Issues and problems. En D. B. Madsen (Ed.), *Entering America. Northeast Asia and Beringia before the last glacial maximum* (pp. 1-26). Salt Lake City: University of Utah Press.
- Marriott, J. (2003). *Other Empire: Metropolis, India, and progress in the colonial imagination*. Manchester: Manchester University Press.
- Marzal, M. (1996). *Historia de la Antropología. Volumen II: Antropología cultural*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Melià, B. (2011). *Mundo guaraní*. Asunción: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Mitchell, G. D. (2009). *A hundred years of sociology*. New Brunswick: Transaction Publishers (Edición original 1967).
- Morris, H. M. (1974). *Scientific creationism*. Green Forest: Master Books.
- Novoa, A., & Levine, A. (2010). *From man to ape: Darwinism in Argentina, 1870-1920*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Oldroyd, D., & Jing-Yi, Y. (2003). Bailey Willis (1857-1949): Geological theorizing and Chinese geology. *Annals of Science*, 60, 1-37.
- O'Neill, D. (2004). *The last giant of Beringia. The mystery of the Bering land bridge*. New York: Basic Books.
- Ostrovsky, A. E. (2008). La sociedad de psicología en Argentina (1908-1913). Treinta y nueve hombres y una mujer. *Revista de Historia de la Psicología*, 29(2), 55-67.
- Papini, M. (1987). The study of animal behavior in Argentina. En E. Tobach (Ed.), *Historical perspectives and the international status of comparative psychology* (pp. 173-181). Hillsdale NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Papini, M. R. (1988). Influence of evolutionary biology in the early development of experimental psychology in Argentina (1891-1930). *International Journal of Comparative Psychology*, 2(2), 131-138.
- Platón (1980). *La República o el Estado*. Madrid: Edaf.
- Podgorny, I. (2005). Bones and devices in the constitution of paleontology in Argentina at the end of the nineteenth century. *Science in Context*, 18(2), 249-283.
- Politis, G. G., & Bonomo, M. (2011). Nuevos datos sobre el "Hombre Fósil" de Ameghino. En J. C. Fernicola, A. R. Prieto & D. G. Lazo (Eds.), *Vida y obra de Florentino Ameghino* (pp. 101-119). Buenos Aires: Asociación Paleontológica Argentina, Publicación Especial N° 12.
- Quintero Toro, C. (2009). Astrapoterios y dientes de sable: Relaciones de poder en el estudio paleontológico de los mamíferos suramericanos. *Historia Crítica*, Edición especial, 34-51.
- Rapport, N., & Overing, J. (2000). *Social and Cultural Anthropology: The key concepts*. New York: Routledge.
- Reid, R. G. B. (1994). Evolution of Evolutionism. En S. L. Macey (Ed.), *Encyclopedia of Time* (pp. 193-196). New York: Garland.
- Rescher, N. (1990). *Reflections on Philosophical Anthropology*. Stanford: Stanford University Press.
- Rezende, L. (2006). *Chronology of Science*. New York: Facts on File.
- Richards, G. (1997). *"Race", Racism and Psychology. Towards a reflexive history*. London: Routledge.

- Richards, R. J. (2008). *Tragic sense of life: Ernst Haeckel and the struggle over evolutionary thought*. Chicago: University of Chicago Press.
- Rodríguez, F. A. (2009). Prehistorias argentinas: Naturalistas en el Plata. Charles Darwin, Francisco Moreno, Florentino Ameghino, Bruce Chatwin. *A contra corriente. Una revista de Historia Social y Literatura de América Latina*, 7(1), 45-75.
- Rogers, J. J. W., & Santosh, M. (2004). *Continents and supercontinents*. New York: Oxford University Press.
- Sarich, V., & Miele, F. (2004). *Race. The reality of human differences*. Boulder: Westview.
- Scott, E. C. (2004). *Evolution vs. creationism. An introduction*. Berkeley: University of California Press.
- Shipman, P. (2001). *The man who found the missing link. Eugène Dubois and his lifelong quest to prove Darwin right*. Cambridge: Harvard University Press.
- Silva, D. F. (2007). *Toward a global idea of race*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Sociedad Científica Argentina (1910). *Congreso Científico Internacional Americano. Volumen I: Relación general del funcionamiento del Congreso*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora de Coni Hermanos.
- Soler, R. (1968). *El positivismo argentino. Pensamiento filosófico y sociológico*. Buenos Aires: Paidós.
- Stiebing Jr., W. H. (1984). *Ancient astronauts, cosmic collisions and other popular theories about man's past*. New York: Prometheus Books.
- Theunissen, B. (1989). *Eugène Dubois and the ape-man from Java*. Dordrecht: Kluwer Academic.
- Tobach, E. (1995). Comments on the present status of Comparative Psychology. *Polish Psychological Bulletin*, 26, 203-229.
- Tooby, J. (1985). The emergence of evolutionary psychology. En D. Pines (Ed), *Emerging syntheses in science* (pp.106-122). Santa Fe: Santa Fe Institute.
- Topinard, P. (1885). *Éléments d'anthropologie generale*. Paris: Adrien Delahaye et Émile Lecrosnier.
- Valdés, M. (1998). *El pensamiento antropológico de Lewis Henry Morgan*. Bellaterra: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Velilla Laconich, J. (1990). *Historia de la Universidad Nacional de Asunción (1889-1989). Volumen I (1889-1915)*. Asunción: Universidad Nacional.
- Viola, A. (1977). *El Colegio Nacional de la Capital. Su creación y sus primeros años de vida*. Asunción: Departamento de Producción de Material Educativo del Ministerio de Educación y Culto.
- Wallace, D. R. (2004). *Beasts of Eden: Walking whales, dawn horses, and other enigmas of mammal evolution*. Ewing: University of California Press.
- Workman, L., & Reader, W. (2014). *Evolutionary Psychology*. Third Edition. New York: Cambridge University Press.